

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 27. — N° 790.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

La expedicion inglesa á Abisinia; grabados. — Discurso leído en la Academia de Ciencias de Madrid. — El Cuerpo le-

gislativo francés; grabado. — Revista de Paris. — Biografía. — Los sitios de las cazas reales en Italia; grabados. — El Canario. — La música religiosa. — La casa de locos llama-

da asilo Santa Ana en Paris; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — Teatro Imperial Italiano; grabados. — Hundimiento en Nápoles; grabado.



ABISINIA. — Tipos de guerreros abisinos.

P. Blanchard

La expedición inglesa á Abisinia.

Conforme ofrecimos en nuestro último número, publicamos un mapa de la Abisinia, levantado con vista de los documentos recogidos desde hace siglos por los viajeros y los misioneros, el cual servirá á nuestros lectores para poder seguir las operaciones del cuerpo expedicionario, de que iremos dando cuenta oportunamente.

Entre tanto daremos hoy á conocer al emperador Teodoro. M. Guillermo Lejean, animoso viajero y sabio intrépido que ha visto muy de cerca á Teodoro, que ha estado preso por él, y que milagrosamente ha salido sano y salvo de sus manos, le pinta de mediana estatura, con fisonomía inteligente, ojos vivos, expresión imponente y simpática á la vez; nadie sabe hablar como él al pueblo; su traje es militar, como el de mas de un fundador de imperio; usa pantalon y casaca de soldado, y encima, solo en las grandes ocasiones, una gran toga bordada; un sable y un par de pistolas á la cintura constituyen únicamente sus insignias. Cuando monta á caballo lleva una pequeña rodela negra, semejante á la de los soldados, dejando á un page el cuidado de conducir detrás de sí el escudo imperial, cubierto de terciopelo azul.

El clima de la Abisinia es muy semejante al del Mediodía de Europa; su religion la cristiana, y hasta la católica, aunque muy desfigurada desde hace mucho tiempo por prácticas orientales. En cuanto á su gobierno abunda en gobernadores y autoridades de todas clases, sobre los cuales impera Teodoro, que se distingue por su afición á cortar, no cabezas, sino piés y manos; es su castigo predilecto, peor sin duda que la muerte, porque los desgraciados á quienes de esa manera mutila yacen sin socorro, entregados á los tormentos del hambre y de la sed, hasta que concluyen por donde Teodoro debía haber empezado siendo humano; por la muerte.

De los dos hijos de Teodoro, el uno parece muy inclinado á seguir sus crueldades. Encargado de muchas ejecuciones sangrientas en provincias lejanas, imaginó demostrar su celo expidiendo á la córte canastillas de ojos sacados.

Otra diversion inventada por este monstruo es prender fuego á un cartucho sujeto al oido del paciente.

El padre de este tigre no ha conservado el derecho de darle lecciones de moral, porque diversas veces ha hecho matar y mutilar millares de prisioneros á la vez.

Sin embargo, ¿quién lo diría? Teodoro tiene sus horas de justicia.

Al principio de su reinado quiso limpiar de bandidos los caminos (era en agosto de 1855), y mandó que todo soldado depositase las armas y volviese á la profesion de sus padres.

El decreto encontró alguna oposicion.

Un José María del pais, fué acompañado de su gente á protestar bajo la tienda misma del emperador. Declaró, no sin cierta ironía, que todos estaban prontos á volver á las brisas paternales, pero que, precisamente por esa razon no solarian sus lanzas.

— ¿Cuál es tu oficio? preguntó Teodoro.

— Ladron de padre á hijo.

— Créeme, replicó el monarca, os irá mejor con la agricultura.

Dicho esto les ofreció buenas tierras, ganados y aperos de labor; pero la promesa no sedujo á los bandidos, que Teodoro juzgó prudente despedir sin mas observaciones, porque los peticionarios estaban armados hasta los dientes.

Cuando iban á lo mejor del camino hizo que un cuerpo de caballería los alcanzase y los despedazara.

Su alto tribunal de justicia llevaba la venalidad hasta la impudencia. Un juez aceptó de dos litigantes un tarro de miel y una mula, y no vaciló en dar la razon al que le habia presentado la mula, contestando al mismo tiempo al que le habia dado la miel y la reclamaba, puesto que la sentencia le era contraria:

— ¿Qué quieres! tu tarro de miel recibió una cox de la mula.

Teodoro lo supo, y por este y otros casos análogos disolvió el tribunal y se constituyó él en juez único.

M. Lejean le ha visto oyendo defensas y pronuncian-do sentencias que no dejan de ser curiosas.

Un alcalde (*scheka*) de aldea, habia llamado *dohoro* (imbécil) á uno de sus administrados. El Código de la cultura, que es muy severo en Abisinia, daba derecho de querrela al injuriado.

— Pagarás la multa, dijo Teodoro á su *scheka*, es preciso que no haya un solo *dohoro* en mis Estados.

Tratábase en otra ocasion de un soldado que habia asesinado á dos mercaderes.

— ¿Por qué los mataste? preguntó el emperador.

— Porque tenia hambre.

— Si tenias hambre, debiste contentarte con tomar de ellos lo necesario para comer.

— No, porque se hubieran defendido.

Para concluir la cuestion, Teodoro mandó cortar las manos al asesino y colocarlas en un plato delante de él. Entonces le dijo:

— ¿Tienes hambre? ¡Pues bien, come!

Esta justicia á lo turco, hizo su efecto en Abisinia. Teodoro quiso poner en órden algunas cosas, y proscribió del ejército la poligamia, que empezaba á extenderse bastante.

El homenaje del emperador á la virtud no fué acompañado de tolerancia con la propaganda religiosa, y

cuando llegaron de Suiza una docena de misioneros y le pidieron permiso para predicar, no los autorizó mas que para que le fabricaran bombas y morteros.

Los desgraciados hicieron presente, que ni eran artilleros, ni pirotécnicos, ni fundidores; pero no hubo medio, los encerraron en un recinto, los señalaron racion y los mandaron que se pusieran á trabajar.

Inspirados sin duda por el Dios de la necesidad, aquellos hombres de paz acabaron por fabricar una especie de mortero, que arrojaba un cuerpo parecido á bomba. El ensayo se verificó, el proyectil salió de una manera satisfactoria para Teodoro y para los misioneros, que gracias á aquel éxito inesperado salvaron la vida.

No fueron tan afortunados los Anglicanos, á quienes les descubrieron un diario manuscrito cuyos menores detalles ofendian al emperador, sin ofender á la verdad. Dos líneas relativas á la baja ralea de Teodoro, llevaron al colmo su exasperacion, y tal vez en esas dos líneas debe buscarse el germen de la guerra actual.

Es verdad que el poder autocrático de Teodoro se aviene mal con toda supremacia religiosa, cualquiera que sea. Lo demostró perfectamente el dia en que á consecuencia de un conflicto, Said-bajá le envió como embajador plenipotenciario al patriarca de los cristianos en Egipto. Este quiso hacerse respetar y fulminó una excomunion, pero Teodoro se parapetó en Salama, patriarca de los cristianos de Abisinia, y tuvo lugar un singular espectáculo.

Por una parte Daoud fulminó la sentencia con todo el aparato que podia disponer.

Por otro, Salama opuso su veto con el mismo ceremonial.

— ¡Padre rebelde, gritaba Daoud, os excomulgo á tí y á tu señor!

— Quien te excomulga soy yo, exclamaba Salama.

— ¿Osarás desobedecer á tu superior?

— Tú eres mi superior en Alejandria, pero no aquí, replicaba triunfalmente Salama.

Los desgraciados monges abisinios de Jerusalem hicieron los gastos de esta ridícula lucha; les confiscaron los bienes, los prendieron y se añadió así inútilmente una partida á la cuenta de agravios que Teodoro iba formando á los extranjeros.

Dejamos pintado al rey de Abisinia con algunas pinceladas, y ahora vamos á concluir con cuatro palabras que reunen las últimas noticias recibidas del cuerpo expedicionario.

Los ingleses desembarcaron en Zulla en la bahía de Annesley, punto que no podia servir para centro de las operaciones militares, y así es que de allí dirigen á las tropas á Komailée, donde se halla el campamento representado en uno de los grabados de nuestro último número. Momentáneamente este es el cuartel general, aquí se concentran las tropas procedentes de Inglaterra y de la India, ofreciendo con sus distintos uniformes el aspecto mas pintoresco.

Una fuerte vanguardia ha pasado ya de Komailée para llegar á Senafe, en la planicie abisinia, donde se ha detenido antes de continuar su marcha para Magdala. Dos regimientos han ocupado este punto sin haber hallado la menor resistencia. Ahora se trabaja activamente en abrir un camino para el grueso de las tropas. Las fuerzas desembarcadas hasta ahora, y que se hallan escalonadas de Zulla á Senafe, se elevan á cerca de 60,000 hombres y las manda el almirante Napier. Cada dia llegan provisiones de toda clase; los recursos del pais abundan mas á medida que se va penetrando en el interior, y parece que bastarán en gran parte para la subsistencia del cuerpo expedicionario. Las dificultades materiales que en un principio detuvieron la marcha de los ingleses están vencidas, y todo hace prever que alcanzarán el fin que se proponen antes del mes de junio, época en que comienza la estacion de invierno en estas comarcas. M. L.

Discurso

leído ante la real Academia de Ciencias morales y políticas, en la recepcion pública del Excmo. señor don Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo, conde de la Bobadilla, el domingo 26 de enero de 1868.

Señores: Parece que la mano de la Providencia pesa inexorable sobre los destinos de nuestro país, y que va haciendo desaparecer en breve plazo á los hombres mas eminentes, como si quisiera arrebatarnos con ellos nuestra antigua grandeza y hasta nuestra esperanza. Esta Academia ha visto bajar al sepulcro á hombres de tal valia como Pidal, Alcalá Galiano, Pacheco y Lafuente, varones insignes en las ciencias y las letras, ilustres repúblicos, la honra, en fin, de esta corporacion y de la patria.

La muerte cruel nos arrebató aquellas inteligencias poderosas, que descollaron en la historia, la política, la jurisprudencia y la literatura, dejándonos un inmenso vacío, que difícilmente pueden llenar, con grandes y laboriosos esfuerzos, las nuevas generaciones.

Llamado, mas por la benevolencia de la Academia que por mis propios merecimientos, á ocupar el puesto que dejó vacante el señor don Antonio Alcalá Galiano, cumplo á mi deber de agradecerle mostrar tanto celo por el progreso de las ciencias morales y políticas, que supla la escasez de mis fuerzas y la cortedad de mis títulos.

Considerando, pues, que el instituto de estos cuerpos alcanza á preparar la opinion pública y disponerla de modo que reciba favorablemente toda saludable reforma, he creído que no podia escoger asunto de mayor importancia para mi discurso que la necesidad y urgencia de mejorar nuestro sistema de cárceles y presidios, ajustándolos á las reglas de una disciplina penitencial, como hoy se practica en las naciones cultas del antiguo y del nuevo mundo.

Solo así se cumplirá la obra de los eminentes jurisconsultos autores del Código penal, y solo así entraremos de una vez en esta senda de moral y de justicia, hasta ahora apenas trillada por nosotros. Mi deseo seria despertar la opinion general y moverla en el sentido de pedir aquella reforma con tal calor y valentía, que el gobierno de la nacion se viese obligado á emprender algo compatible con la penuria del Tesoro, y que el pensamiento se arraigase en el ánimo de todos al extremo de flotar sobre nuestras discordias civiles y convulsiones políticas que con harta frecuencia agotan las fuerzas de la nacion y retardan el progreso de la sociedad.

No se me oculta cuán árdua es mi empresa; pero hablo á una sábia corporacion, que conoce los estrechos límites que necesariamente ha de tener este discurso, y de qué manera puede ser tratado en tan corto espacio.

Nuestra vida social es mas política que administrativa, con notorio quebranto del pais, que, fatigado de revueltas y trastornos, desea, sin menoscabo de las públicas libertades á tanto precio adquiridas, gozar de los beneficios de una administracion estable, inteligente y progresiva.

Uno de los ramos mas descuidados en España es sin duda el de cárceles y presidios, y llega en él nuestro abandono hasta el punto de no hallarse estos establecimientos en armonia con el Código penal, del que deberían ser complemento. Así carece la ley de sancion justa y positiva, la pena resulta desigual, y lo que es peor, en mucha parte arbitraria.

Lo mismo están mezclados en las cárceles y presidios los reos de reclusion temporal que los de cadena perpétua, lo mismo aquel á quien un vértigo le lanzó en la carrera del mal, que el consumado foragido, que ha recorrido toda la escala de la criminalidad.

Bastaria el solo aspecto de nuestras cárceles y presidios, aunque no nos moviera el ejemplo de otras naciones, para inspirar al hombre pensador y compasivo la necesidad de una reforma radical. Afortunadamente la experiencia ha venido á corroborar los planes de regeneracion moral del hombre, que al principio parecieron mera utopía, y los pueblos que, comprendiendo de cuánto interés es para ellos la reforma penitenciaria, quieran acometerla, pueden caminar con paso firme por esta senda llena de asperezas, seguros de conseguir, no la completa extincion de la criminalidad, pero sí la enmienda de muchos delincuentes, que hoy son una carga muy pesada y un manantial perenne de vicios, cada vez mas arraigados y profundos que amenazan de continuo turbar el órden social.

Sabido es que los Estados Unidos se adelantaron á todos los pueblos, y ensayaron sus fuerzas en la árdua empresa de reducir á la práctica lo que hasta entonces pasaba por sueño de algunos filósofos. Las dificultades que hubieron de vencer, y los dos sistemas principales que de la aplicacion de la teoria han resultado, y á cuyo estudio consagraron largo tiempo las comisiones enviadas por diferentes gobiernos de Europa, que han ilustrado con obras llenas de datos estadísticos esta importantísima cuestion, son conocidos de cuantos prestan alguna atencion á esta clase de estudios.

No vengo aquí con la arrogante pretension de decir cosas nuevas, sino con el modesto propósito de exponer la doctrina comunmente recibida, añadiendo cuáles son, á mi juicio, las mejoras, en órden á las cárceles y presidios, mas convenientes á nuestro pais, atendida la índole y carácter de sus habitantes; punto de partida que no debe olvidar nunca quien aconseje graves reformas.

Procuremos evitar que las mas urgentes y oportunas, por falta del necesario estudio de nuestras condiciones propias y especiales, caigan en descrédito, pues aunque la verdad es siempre y en todas partes verdad, no es nuevo parezca mentira en España, porque al aplicarla no se ha tomado en cuenta el genio de la nacion.

Se comprende que entre nosotros, donde la estadística ha sido mirada con tanto descuido hasta estos últimos años, la tarea es mas difícil; pero como mi objeto es iniciar á que se estudie la materia con madurez y detenimiento, solo me propongo llamar sobre ello la atencion de los hombres pensadores, y me daré por contento con haber llevado un grano de arena al edificio de la reforma penitenciaria.

I.

Laudable, pero aislado y sin pensamiento fijo, ha sido lo que en muchas cárceles y presidios de España se ha hecho para mejorar la situacion, tanto de los detenidos como de los presidiarios; y así permanecieron confundidos en patios y talleres, lo mismo los jóvenes que los adultos, lo mismo los castigados por enormes delitos que los sentenciados á pena correccional.

Algunos talleres en los presidios, pero insuficientes para el número de penados; en casi todos la cadena y

la cantina, nunca el aislamiento, y siempre muchas horas de recreo, en que el mas perverso instruye al menos criminal: tal es el estado de nuestras casas de correccion, verdaderas escuelas de inmoralidad, en que se forman esas terribles asociaciones de bandidos que infestan el pais, cuya tiranía no puede sacudir el joven que tal vez por inexperiencia ó ignorancia entra allí á purgar una ligera falta, porque le atan á su carro los mas criminales con la intimidacion, cuando la persuasion no basta.

A estos males, comunes á las cárceles y presidios, se agrega que tanto los unos como las otras, están, por lo general, en edificios poco á propósito, sin ventilacion y sin luz las mas veces; que en poblaciones muy importantes las mujeres se hallan apenas separadas de los hombres, y que están casi siempre juntos los jóvenes y los adultos.

No hay una prision donde esta horrible amalgama no dé los peores resultados, y donde todos los dias no se repitan escenas de inmoralidad, consecuencia necesaria de semejante confusion.

Los alcaides trafican con las mejores habitaciones; reservándolas para los que, espantados de aquella abominable compañía, quieren huir de ella aun á costa de consumir un patrimonio, único recurso de su pobre familia, y sus hijos padecen necesidad ó sucumben á los rigores de la miseria, privados de un alimento que el mal estado de las cárceles en que se encierra á los detenidos tampoco les permite proporcionarse por medio del trabajo.

No por eso se libran de estar confundidos con otros criminales, pues en un mismo cuarto de pago alojan siempre mas de los que caben, siendo la única diferencia ponerse á cubierto de los robos é insultos de que es víctima el que tiene mejor educacion ó va mejor vestido.

Todos estos vicios, y otros muchos que pudiéramos señalar, son tanto mas graves, cuanto que por nuestro sistema procesal permanecen los presos meses y aun años respirando en su encierro aquella atmósfera de corrupcion.

Pasando de las cárceles á los presidios, ¿qué podremos decir despues de los defectos que hemos indicado como comunes á estos y á las cárceles?

Que centenares de hombres están oprimidos con cadenas, sepultados, ya en una cueva, ya en el claustro de un antiguo convento, con un ruedo por cama; que en algunos salen por la mañana á barrer las calles de la poblacion; trabajo bastante para que no brote el arrepentimiento en el corazon del hombre, que saliendo todos los dias á la vergüenza, acaba por perderla. En otros establecimientos pasan su tiempo en la holganza mas completa, sin otro entretenimiento que el de comer, pasar lista y contar hazañas, salvo algunos menos viciosos, que suelen ocuparse en labores impropias de su sexo.

No soy de esos filántropos que presentan siempre al criminal como una víctima, y que quisieran verlo mejor alimentado, alojado y vestido que el modesto, pero honrado jornalero, no; lejos de mí semejantes extremos; pero en el régimen actual no es posible que un hombre que, despues de haber pasado en la cárcel algunos meses, viene á parar al presidio, pueda albergar en su corazon el deseo de reconciliarse con la sociedad mediante un sincero arrepentimiento. ¿Es este por ventura el modo de castigar y corregir al culpado?

El sinnúmero de reincidentes contesta por mí. ¿Qué castigo es para hombres, degradados los mas de ellos, sin casa ni hogar, pasar el dia hablando en los patios de la prision, contando á veces crímenes que no han cometido, para adquirir nombradía, haciendo nuevos prosélitos y teniendo la seguridad de un alimento preferible casi siempre al que tendrían si estuviesen libres?

Así se ve que los mas de ellos, á los pocos dias de haber salido de los presidios, ingresan nuevamente en las cárceles, buscando la vida de holganza que han perdido, y la seguridad del alimento y el vestido que solo con el trabajo podrian conseguir en libertad.

Con su conducta demuestran la ineficacia de nuestro sistema penal y el desorden de nuestras prisiones, puesto que no sienten el castigo, y que en vez de engendrar en ellos arrepentimiento, los anima á la reincidencia. ¿Qué tiempo tienen para reflexionar su crimen? ¿Qué medios se les dan para libertarse de las asechanzas de sus antiguos compañeros de cárcel y presidio? ¿Cuál será el modo de vivir de cada uno cumplida la condena, aun cuando la casualidad le haya hecho ser de los pocos á quienes se enseña un oficio?

Estas sencillas reflexiones bastarian para haber llamado la atencion de tantos gobiernos como en España se han sucedido; y sin embargo, aparte de un mezquino ensayo hecho en Madrid y Valencia, en edificios por cierto bien poco á propósito; y en donde el aislamiento de noche se cifra en unas tablas, y el trabajo de dia era en comun, con permiso á los penados de hablar entre sí, con tal de no perturbar el orden de la prision, junto con algunas mejoras en el vestido y comidas de los presidiarios, ha sido cuanto de algunos años acá se ha hecho para mejorar el estado vergonzoso de nuestras prisiones, desapareciendo al poco tiempo el presidio de Madrid, á pesar de haberse instalado con el pomposo nombre de *modelo*.

No cuento entre estos, ni el malogrado proyecto de la casa de reclusion de jóvenes, que despues de estar terminada y dispuesta á recoger á esos seres abandonados en donde recluta el crimen sus adeptos, ha sido convertida en cuartel, por dificultades reglamentarias; ni la construccion, siempre aplazada, de una nueva cárcel en Madrid á la altura de los conocimientos moder-

nos; ni la construida á expensas de la diputacion de Alava en Vitoria, ni alguna otra recientemente arreglada ó construida, pues las unas han quedado en proyecto, y las otras lo han sido sin sistema fijo y viviendo los presos en la mas libre comunidad.

Si hemos de levantarnos á la altura del siglo en que vivimos, es forzoso emprender una reforma completa, comenzando por las cárceles y siguiendo hasta los presidios, no sin conciliar la economía con las grandes necesidades de un pueblo en que el aumento de la criminalidad inspira cuidados y recelos, y denota la ineficacia de nuestro sistema penal.

II.

Conocido ya el lamentable estado de nuestras cárceles por las ligeras reflexiones que llevo apuntadas, huyendo de la exageracion para que no se diga que de ella se quiere sacar la razon de la reforma, sino presentando las cosas con toda verdad é imparcialidad, y juzgándolas quizás con demasiada benévola, bien clara y patente está la necesidad de acudir al remedio con toda resolucion, con la esperanza de obtener los mismos saludables resultados que está dando en cuantos paises lo han aplicado, si bien no debemos lisongearnos de recoger el fruto apetecido mientras no se busquen en la sociedad los gérmenes del crimen, y no se procure resolver los grandes problemas sociales con ellos íntimamente enlazados.

El primer defecto de nuestras cárceles, es indudablemente la comunidad en que viven los detenidos, pues engendra relaciones funestas en lo porvenir, y pervierte á los que aun no tienen un corazon depravado. Extirpar este cáncer debe ser el primer objeto de la administracion, sin que para ello repare en gastos ni sacrificios, pues todos son nada, comparados con los tristes efectos que de continuar semejante confusion resultan para la vida civil.

Y no se diga que ya en nuestras prisiones se separan los presos en diversas categorías segun su criminalidad, pues esta separacion es completamente arbitraria, y basta para convencerse de ello observar cuántos de los detenidos en una cárcel, creyéndolos autores de un delito, son puestos en libertad por los mismos tribunales que han de juzgarlos.

El único medio eficaz es el aislamiento del detenido; y si la experiencia no lo manifestase, bastaria ver la tendencia de los que la desgracia lleva á esos establecimientos, para indicar el remedio. Si disponen de algunos recursos, desean pasar á las habitaciones de pago, en las que por lo menos están separados de los mas corrompidos de la cárcel; si son pobres procuran mantenerse en los rincones del inmundo patio, sufriendo quizás los groseros insultos de sus desalmados compañeros. Pero se dirá: ¿Queréis aislar, y por lo tanto castigar al que la ley aun considera inocente? Aparte de que el aislamiento no es aquí una pena mas que para los grandes criminales, que no pueden hacer prosélitos, conviene tener en cuenta que este aislamiento debe ser solo de la mala sociedad de la cárcel, pero no de los amigos y parientes del preso, siempre que las visitas se hicieren á horas que no alteren el buen orden de la prision, y cuando lo permitan los respectivos jueces.

El alejamiento de los criminales les proporciona, en cambio, la facilidad de continuar el trabajo de que quizás pende su subsistencia y la de una numerosa familia. ¿Se ha reflexionado bien sobre la horrible situacion del desgraciado jornalero á quien se priva por largo tiempo de su libertad, y despues se declara inocente? Al volver á la sociedad, ¿qué encuentra? Su familia arruinada por los sacrificios que se ha impuesto para hacerle mas llevadera la prision; sus hijos tal vez perdidos, y su mujer y sus hijas pereciendo de miseria ó mendigando el pan de la prostitucion.

Pudiera hoy objetarse que muchos presos no tienen oficio, y que la soledad sin el trabajo es un horrible castigo, que la sociedad no tiene derecho á imponer al que aun presume inocente. Este seria, sin duda, un argumento poderoso en contra del aislamiento de los detenidos, si no hubiera muchas ocupaciones que no necesitan un largo aprendizaje, y en las cuales puede emplearse un detenido, proporcionándole medios, que, no por ser cortos, son menos importantes para el que nada tiene.

Pero aun cuando esto no pudiera conseguirse, ¿será menor la pena que hoy se impone al desgraciado á quien se encierra en una cárcel con centenares de hombres depravados, que al que se le obliga á estar separado de aquellas personas cuyo contacto puede ser perjudicial?

Tampoco deben abrigarse los temores que han asaltado á los enemigos del aislamiento como pena, por el corto tiempo que necesariamente ha de durar la detencion. Este método, que se ha ensayado en las prisiones de Paris y en otras de Europa, está produciendo los mejores resultados. No cito á la Francia por ese espíritu de imitacion que hace largo tiempo se ha desarrollado en España, sino porque el carácter de sus habitantes, en particular los del Mediodia, guarda mucha analogía con el de nuestros compatriotas.

Si á esta reforma acompañase una rápida tramitacion, en cuanto sea compatible con la justicia, para disminuir el tiempo que los detenidos esperan en las cárceles, ya su absolucion, ya su condena, abrigaria

la firme persuasion de que pronto se tocarian sus ventajas.

Un grande obstáculo puede ofrecerse á la reforma propuesta, y es el coste que necesariamente ha de tener la trasformacion de nuestras cárceles, sin la cual es inútil ensayar el nuevo sistema.

La sociedad no debe reparar en medios, cuando se trata de extirpar de raiz un grave mal que la corroe y mina su existencia. Por otra parte, no son ni con mucho los gastos tan grandes como á primera vistase cree, pues la mayor parte de los edificios hoy destinados para cárceles en las capitales, pueden ser transformados para el sistema celulario tal como se propone. Considérese, además, el ahorro que la administracion habrá de obtener por el menos tiempo que los presos permanecerán en las cárceles, si, como es justo, las modificaciones del sistema procesal acompañan á la reforma penitenciaria, y se verá que este gasto es infinitamente menor de lo que parece, y por lo tanto de aquellos que una administracion ilustrada puede y debe emprender, segura de hacer un gran servicio al pais y á la humanidad.

III.

¿Qué reforma moral se puede esperar de establecimientos como nuestras prisiones y presidios, en que los penados están en constante comunicacion de dia y de noche, y en que, si hay talleres, trabajan en comun jóvenes y adultos? Ninguna, y de ello es buena prueba el constante acrecimiento de la criminalidad, y que nuestro Código sea llamado por los criminales con el gráfico nombre de *libro de indulto*.

No es ciertamente, porque el Código, que produjo una completa reforma en nuestro absurdo sistema penal, consignando en sus páginas las que aconsejaban las buenas doctrinas, haya dejado de castigar los delitos con la severidad que merecen: nada menos que eso; sino que, como sucede casi siempre en España, cuando se da un paso en la via de las reformas parece que la administracion se espanta, y suspende su marcha, sin comprender que todo bien y todo mal están enlazados, y que no es posible tocar á uno de los antiguos eslabones sin conmover el resto de la cadena.

Leed, señores, el Código penal, y hallareis cómo ciertos delitos deben purgarse en establecimientos que no existen, ó si existen, no son lo que la ley quiere que sean.

¿Cómo habia de suponer el Código que los jóvenes á quienes manda encerrar en una prision ó presidio correccional iban á estar confundidos con los demás criminales? ¿Qué correccion era entonces la que se prometia? Hubiera sido cien veces preferible ponerlos en libertad, pues á lo menos no se habrian contaminado con las perversas doctrinas vertidas en la cárcel ó el presidio, y quizás recogidos por alguna asociacion benéfica, volverian al camino de la virtud, transformados en útiles ciudadanos.

He comenzado de propósito por los jóvenes, porque, si bien es cierto que hay quien supone que los grandes criminales se prestan mejor á la enmienda, la razon y la experiencia indican con claridad que la regeneracion moral es obra mas llana cuando se lucha con corazones tiernos, en que con tanta facilidad se imprime lo bueno y lo malo, que cuando se pretende reformar las costumbres de un hombre avezado al crimen y de pecho empedernido.

En Inglaterra, en Francia y en Holanda la reforma penitenciaria ha principiado por separar en distintos edificios de los demás criminales á los jóvenes, sujetándolos, ya al sistema del aislamiento, ya al del trabajo en comun; ya distribuyéndolos en colonias agrícolas, dando unas y otras el mejor resultado.

El primer sistema, que es el que se sigue en Paris en la prision de la *Roquette*, ha llegado á perfeccionarse hasta el extremo de resolver la gran dificultad de la instruccion, conciliándose con el aislamiento y la enseñanza de un arte ú oficio, el leer, el escribir y contar, y la instruccion moral, base y fundamento de toda reforma.

En Holanda y en Inglaterra se consigue lo mismo, por medio del aislamiento ó las colonias agrícolas. En la soledad se hace uso de otro castigo que la supresion del trabajo, la disminucion en la comida ó el calabozo; mientras que el taller comun lleva consigo la necesidad de aplicar con demasiada frecuencia castigos corporales, por la suma dificultad siempre, pero mas aun entre jóvenes, de guardar la regla del silencio absoluto, una de las principales condiciones del sistema.

Quizá en España, pais esencialmente agrícola, convendria hacer ensayos en ambos sentidos, si bien creo que para huir de la necesidad de castigos corporales, y á fin de conservar el silencio, entre nosotros indudablemente mas difícil que en otros paises, aprovechando los muchos terrenos que el Estado posee incultos, y algunas islas casi desiertas, podrian fundarse colonias penitenciarias, en que tuviera tambien lugar la separacion, pues si bien es cierto que la mayor parte de las faenas de la agricultura han de hacerse en comun, hay otras muchas que pueden ser individuales, y despues de pasar por la prueba de la vida solitaria durante algun tiempo, dando señales ciertas de buena conducta y aplicacion, podria autorizarse la reunion como premio y preparacion para la vuelta á la sociedad del joven corregido.

(Se continuará.)

La expedición inglesa á Abisinia.

Conforme ofrecimos en nuestro último número, publicamos un mapa de la Abisinia, levantado con vista de los documentos recogidos desde hace siglos por los viajeros y los misioneros, el cual servirá á nuestros lectores para poder seguir las operaciones del cuerpo expedicionario, de que iremos dando cuenta oportunamente.

Entre tanto daremos hoy á conocer al emperador Teodoro. M. Guillermo Lejean, animoso viajero y sabio intrépido que ha visto muy de cerca á Teodoro, que ha estado preso por él, y que milagrosamente ha salido sano y salvo de sus manos, le pinta de mediana estatura, con fisonomía inteligente, ojos vivos, expresión imponente y simpática á la vez; nadie sabe hablar como él al pueblo; su traje es militar, como el de mas de un fundador de imperio; usa pantalon y casaca de soldado, y encima, solo en las grandes ocasiones, una gran toga bordada; un sable y un par de pistolas á la cintura constituyen únicamente sus insignias. Cuando monta á caballo lleva una pequeña rodela negra, semejante á la de los soldados, dejando á un page el cuidado de conducir detrás de sí el escudo imperial, cubierto de terciopelo azul.

El clima de la Abisinia es muy semejante al del Mediodía de Europa; su religion la cristiana, y hasta la católica, aunque muy desfigurada desde hace mucho tiempo por prácticas orientales. En cuanto á su gobierno abunda en gobernadores y autoridades de todas clases, sobre los cuales impera Teodoro, que se distingue por su afición á cortar, no cabezas, sino piés y manos; es su castigo predilecto, peor sin duda que la muerte, porque los desgraciados á quienes de esa manera mutila yacen sin socorro, entregados á los tormentos del hambre y de la sed, hasta que concluyen por donde Teodoro debía haber empezado siendo humano; por la muerte.

De los dos hijos de Teodoro, el uno parece muy inclinado á seguir sus crueldades. Encargado de muchas ejecuciones sangrientas en provincias lejanas, imaginó demostrar su celo expidiendo á la córte canastillas de ojos sacados.

Otra diversion inventada por este monstruo es prender fuego á un cartucho sujeto al oido del paciente.

El padre de este tigre no ha conservado el derecho de darle lecciones de moral, porque diversas veces ha hecho matar y mutilar millares de prisioneros á la vez.

Sin embargo, ¿quién lo diría? Teodoro tiene sus horas de justicia.

Al principio de su reinado quiso limpiar de bandidos los caminos (era en agosto de 1855), y mandó que todo soldado depositase las armas y volviese á la profesion de sus padres.

El decreto encontró alguna oposicion.

Un José María del pais, fué acompañado de su gente á protestar bajo la tienda misma del emperador. Declaró, no sin cierta ironía, que todos estaban prontos á volver á las brisas paternales, pero que, precisamente por esa razon no solarian sus lanzas.

— ¿Cuál es tu oficio? preguntó Teodoro.

— Ladron de padre á hijo.

— Créeme, replicó el monarca, os irá mejor con la agricultura.

Dicho esto les ofreció buenas tierras, ganados y aperos de labor; pero la promesa no sedujo á los bandidos, que Teodoro juzgó prudente despedir sin mas observaciones, porque los peticionarios estaban armados hasta los dientes.

Cuando iban á lo mejor del camino hizo que un cuerpo de caballería los alcanzase y los despedazara.

Su alto tribunal de justicia llevaba la venalidad hasta la impudencia. Un juez aceptó de dos litigantes un tarro de miel y una mula, y no vaciló en dar la razon al que le habia presentado la mula, contestando al mismo tiempo al que le habia dado la miel y la reclamaba, puesto que la sentencia le era contraria:

— ¿Qué quieres! tu tarro de miel recibió una coz de la mula.

Teodoro lo supo, y por este y otros casos análogos disolvió el tribunal y se constituyó él en juez único.

M. Lejean le ha visto oyendo defensas y pronuncian-do sentencias que no dejan de ser curiosas.

Un alcalde (*scheka*) de aldea, habia llamado *dohoro* (imbécil) á uno de sus administrados. El Código de la cultura, que es muy severo en Abisinia, daba derecho de querrela al injuriado.

— Pagarás la multa, dijo Teodoro á su *scheka*, es preciso que no haya un solo *dohoro* en mis Estados.

Tratábase en otra ocasion de un soldado que habia asesinado á dos mercaderes.

— ¿Por qué los mataste? preguntó el emperador.

— Porque tenia hambre.

— Si tenias hambre, debiste contentarte con tomar de ellos lo necesario para comer.

— No, porque se hubieran defendido.

Para concluir la cuestion, Teodoro mandó cortar las manos al asesino y colocarlas en un plato delante de él. Entonces le dijo:

— ¿Tienes hambre? ¡Pues bien, come!

Esta justicia á lo turco, hizo su efecto en Abisinia. Teodoro quiso poner en órden algunas cosas, y proscribió del ejército la poligamia, que empezaba á extenderse bastante.

El homenaje del emperador á la virtud no fué acompañado de tolerancia con la propaganda religiosa, y

cuando llegaron de Suiza una docena de misioneros y le pidieron permiso para predicar, no los autorizó mas que para que le fabricaran bombas y morteros.

Los desgraciados hicieron presente, que ni eran artilleros, ni pirotécnicos, ni fundidores; pero no hubo medio, los encerraron en un recinto, los señalaron racion y los mandaron que se pusieran á trabajar.

Inspirados sin duda por el Dios de la necesidad, aquellos hombres de paz acabaron por fabricar una especie de mortero, que arrojaba un cuerpo parecido á bomba. El ensayo se verificó, el proyectil salió de una manera satisfactoria para Teodoro y para los misioneros, que gracias á aquel éxito inesperado salvaron la vida.

No fueron tan afortunados los Anglicanos, á quienes les descubrieron un diario manuscrito cuyos menores detalles ofendian al emperador, sin ofender á la verdad. Dos líneas relativas á la baja ralea de Teodoro, llevaron al colmo su exasperacion, y tal vez en esas dos líneas debe buscarse el germen de la guerra actual.

Es verdad que el poder autocrático de Teodoro se aviene mal con toda supremacia religiosa, cualquiera que sea. Lo demostró perfectamente el dia en que á consecuencia de un conflicto, Said-bajá le envió como embajador plenipotenciario al patriarca de los cristianos en Egipto. Este quiso hacerse respetar y fulminó una excomunion, pero Teodoro se parapetó en Salama, patriarca de los cristianos de Abisinia, y tuvo lugar un singular espectáculo.

Por una parte Daoud fulminó la sentencia con todo el aparato que podia disponer.

Por otro, Salama opuso su veto con el mismo ceremonial.

— ¡Padre rebelde, gritaba Daoud, os excomulgo á tí y á tu señor!

— Quien te excomulga soy yo, exclamaba Salama.

— ¿Osarás desobedecer á tu superior?

— Tú eres mi superior en Alejandria, pero no aquí, replicaba triunfalmente Salama.

Los desgraciados monges abisinios de Jerusalem hicieron los gastos de esta ridícula lucha; les confiscaron los bienes, los prendieron y se añadió así inútilmente una partida á la cuenta de agravios que Teodoro iba formando á los extranjeros.

Dejamos pintado al rey de Abisinia con algunas pinceladas, y ahora vamos á concluir con cuatro palabras que reunen las últimas noticias recibidas del cuerpo expedicionario.

Los ingleses desembarcaron en Zulla en la bahía de Annesley, punto que no podia servir para centro de las operaciones militares, y así es que de allí dirigen á las tropas á Komailée, donde se halla el campamento representado en uno de los grabados de nuestro último número. Momentáneamente este es el cuartel general, aquí se concentran las tropas procedentes de Inglaterra y de la India, ofreciendo con sus distintos uniformes el aspecto mas pintoresco.

Una fuerte vanguardia ha pasado ya de Komailée para llegar á Senafe, en la planicie abisinia, donde se ha detenido antes de continuar su marcha para Magdala. Dos regimientos han ocupado este punto sin haber hallado la menor resistencia. Ahora se trabaja activamente en abrir un camino para el grueso de las tropas. Las fuerzas desembarcadas hasta ahora, y que se hallan escalonadas de Zulla á Senafe, se elevan á cerca de 60,000 hombres y las manda el almirante Napier. Cada dia llegan provisiones de toda clase; los recursos del pais abundan mas á medida que se va penetrando en el interior, y parece que bastarán en gran parte para la subsistencia del cuerpo expedicionario. Las dificultades materiales que en un principio detuvieron la marcha de los ingleses están vencidas, y todo hace prever que alcanzarán el fin que se proponen antes del mes de junio, época en que comienza la estacion de invierno en estas comarcas. M. L.

Discurso

leído ante la real Academia de Ciencias morales y políticas, en la recepcion pública del Excmo. señor don Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo, conde de la Bobadilla, el domingo 26 de enero de 1868.

Señores: Parece que la mano de la Providencia pesa inexorable sobre los destinos de nuestro país, y que va haciendo desaparecer en breve plazo á los hombres mas eminentes, como si quisiera arrebatarnos con ellos nuestra antigua grandeza y hasta nuestra esperanza. Esta Academia ha visto bajar al sepulcro á hombres de tal valia como Pidal, Alcalá Galiano, Pacheco y Lafuente, varones insignes en las ciencias y las letras, ilustres repúblicos, la honra, en fin, de esta corporacion y de la patria.

La muerte cruel nos arrebató aquellas inteligencias poderosas, que descollaron en la historia, la política, la jurisprudencia y la literatura, dejándonos un inmenso vacío, que difícilmente pueden llenar, con grandes y laboriosos esfuerzos, las nuevas generaciones.

Llamado, mas por la benevolencia de la Academia que por mis propios merecimientos, á ocupar el puesto que dejó vacante el señor don Antonio Alcalá Galiano, cumplo á mi deber de agradecerle mostrar tanto celo por el progreso de las ciencias morales y políticas, que supla la escasez de mis fuerzas y la cortedad de mis títulos.

Considerando, pues, que el instituto de estos cuerpos alcanza á preparar la opinion pública y disponerla de modo que reciba favorablemente toda saludable reforma, he creído que no podia escoger asunto de mayor importancia para mi discurso que la necesidad y urgencia de mejorar nuestro sistema de cárceles y presidios, ajustándolos á las reglas de una disciplina penitencial, como hoy se practica en las naciones cultas del antiguo y del nuevo mundo.

Solo así se cumplirá la obra de los eminentes jurisconsultos autores del Código penal, y solo así entraremos de una vez en esta senda de moral y de justicia, hasta ahora apenas trillada por nosotros. Mi deseo seria despertar la opinion general y moverla en el sentido de pedir aquella reforma con tal calor y valentía, que el gobierno de la nacion se viese obligado á emprender algo compatible con la penuria del Tesoro, y que el pensamiento se arraigase en el ánimo de todos al extremo de flotar sobre nuestras discordias civiles y convulsiones políticas que con harta frecuencia agotan las fuerzas de la nacion y retardan el progreso de la sociedad.

No se me oculta cuán árdua es mi empresa; pero hablo á una sábia corporacion, que conoce los estrechos límites que necesariamente ha de tener este discurso, y de qué manera puede ser tratado en tan corto espacio.

Nuestra vida social es mas política que administrativa, con notorio quebranto del pais, que, fatigado de revueltas y trastornos, desea, sin menoscabo de las públicas libertades á tanto precio adquiridas, gozar de los beneficios de una administracion estable, inteligente y progresiva.

Uno de los ramos mas descuidados en España es sin duda el de cárceles y presidios, y llega en él nuestro abandono hasta el punto de no hallarse estos establecimientos en armonia con el Código penal, del que deberían ser complemento. Así carece la ley de sancion justa y positiva, la pena resulta desigual, y lo que es peor, en mucha parte arbitraria.

Lo mismo están mezclados en las cárceles y presidios los reos de reclusion temporal que los de cadena perpétua, lo mismo aquel á quien un vértigo le lanzó en la carrera del mal, que el consumado foragido, que ha recorrido toda la escala de la criminalidad.

Bastaria el solo aspecto de nuestras cárceles y presidios, aunque no nos moviera el ejemplo de otras naciones, para inspirar al hombre pensador y compasivo la necesidad de una reforma radical. Afortunadamente la experiencia ha venido á corroborar los planes de regeneracion moral del hombre, que al principio parecieron mera utopía, y los pueblos que, comprendiendo de cuánto interés es para ellos la reforma penitenciaria, quieran acometerla, pueden caminar con paso firme por esta senda llena de asperezas, seguros de conseguir, no la completa extincion de la criminalidad, pero sí la enmienda de muchos delincuentes, que hoy son una carga muy pesada y un manantial perenne de vicios, cada vez mas arraigados y profundos que amenazan de continuo turbar el órden social.

Sabido es que los Estados Unidos se adelantaron á todos los pueblos, y ensayaron sus fuerzas en la árdua empresa de reducir á la práctica lo que hasta entonces pasaba por sueño de algunos filósofos. Las dificultades que hubieron de vencer, y los dos sistemas principales que de la aplicacion de la teoria han resultado, y á cuyo estudio consagraron largo tiempo las comisiones enviadas por diferentes gobiernos de Europa, que han ilustrado con obras llenas de datos estadísticos esta importantísima cuestion, son conocidos de cuantos prestan alguna atencion á esta clase de estudios.

No vengo aquí con la arrogante pretension de decir cosas nuevas, sino con el modesto propósito de exponer la doctrina comunmente recibida, añadiendo cuáles son, á mi juicio, las mejoras, en órden á las cárceles y presidios, mas convenientes á nuestro pais, atendida la índole y carácter de sus habitantes; punto de partida que no debe olvidar nunca quien aconseje graves reformas.

Procuremos evitar que las mas urgentes y oportunas, por falta del necesario estudio de nuestras condiciones propias y especiales, caigan en descrédito, pues aunque la verdad es siempre y en todas partes verdad, no es nuevo parezca mentira en España, porque al aplicarla no se ha tomado en cuenta el genio de la nacion.

Se comprende que entre nosotros, donde la estadística ha sido mirada con tanto descuido hasta estos últimos años, la tarea es mas difícil; pero como mi objeto es iniciar á que se estudie la materia con madurez y detenimiento, solo me propongo llamar sobre ello la atencion de los hombres pensadores, y me daré por contento con haber llevado un grano de arena al edificio de la reforma penitenciaria.

I.

Laudable, pero aislado y sin pensamiento fijo, ha sido lo que en muchas cárceles y presidios de España se ha hecho para mejorar la situacion, tanto de los detenidos como de los presidiarios; y así permanecieron confundidos en patios y talleres, lo mismo los jóvenes que los adultos, lo mismo los castigados por enormes delitos que los sentenciados á pena correccional.

Algunos talleres en los presidios, pero insuficientes para el número de penados; en casi todos la cadena y

la cantina, nunca el aislamiento, y siempre muchas horas de recreo, en que el mas perverso instruye al menos criminal: tal es el estado de nuestras casas de correccion, verdaderas escuelas de inmoralidad, en que se forman esas terribles asociaciones de bandidos que infestan el pais, cuya tirania no puede sacudir el jóven que tal vez por inexperiencia ó ignorancia entra allí á purgar una ligera falta, porque le atan á su carro los mas criminales con la intimidacion, cuando la persuasion no basta.

A estos males, comunes á las cárceles y presidios, se agrega que tanto los unos como las otras, están, por lo general, en edificios poco á propósito, sin ventilacion y sin luz las mas veces; que en poblaciones muy importantes las mujeres se hallan apenas separadas de los hombres, y que están casi siempre juntos los jóvenes y los adultos.

No hay una prision donde esta horrible amalgama no dé los peores resultados, y donde todos los dias no se repitan escenas de inmoralidad, consecuencia necesaria de semejante confusion.

Los alcaides trafican con las mejores habitaciones; reservándolas para los que, espantados de aquella abominable compañía, quieren huir de ella aun á costa de consumir un patrimonio, único recurso de su pobre familia, y sus hijos padecen necesidad ó sucumben á los rigores de la miseria, privados de un alimento que el mal estado de las cárceles en que se encierra á los detenidos tampoco les permite proporcionarse por medio del trabajo.

No por eso se libran de estar confundidos con otros criminales, pues en un mismo cuarto de pago alojan siempre mas de los que caben, siendo la única diferencia ponerse á cubierto de los robos é insultos de que es víctima el que tiene mejor educacion ó va mejor vestido.

Todos estos vicios, y otros muchos que pudiéramos señalar, son tanto mas graves, cuanto que por nuestro sistema procesal permanecen los presos meses y aun años respirando en su encierro aquella atmósfera de corrupcion.

Pasando de las cárceles á los presidios, ¿qué podremos decir despues de los defectos que hemos indicado como comunes á estos y á las cárceles?

Que centenares de hombres están oprimidos con cadenas, sepultados, ya en una cueva, ya en el claustro de un antiguo convento, con un ruedo por cama; que en algunos salen por la mañana á barrer las calles de la poblacion; trabajo bastante para que no brote el arrepentimiento en el corazon del hombre, que saliendo todos los dias á la vergüenza, acaba por perderla. En otros establecimientos pasan su tiempo en la holganza mas completa, sin otro entretenimiento que el de comer, pasar lista y contar hazañas, salvo algunos menos viciosos, que suelen ocuparse en labores impropias de su sexo.

No soy de esos filántropos que presentan siempre al criminal como una víctima, y que quisieran verlo mejor alimentado, alojado y vestido que el modesto, pero honrado jornalero, no; lejos de mí semejantes extremos; pero en el régimen actual no es posible que un hombre que, despues de haber pasado en la cárcel algunos meses, viene á parar al presidio, pueda albergar en su corazon el deseo de reconciliarse con la sociedad mediante un sincero arrepentimiento. ¿Es este por ventura el modo de castigar y corregir al culpado?

El sinnúmero de reincidentes contesta por mí. ¿Qué castigo es para hombres, degradados los mas de ellos, sin casa ni hogar, pasar el dia hablando en los patios de la prision, contando á veces crímenes que no han cometido, para adquirir nombradía, haciendo nuevos prosélitos y teniendo la seguridad de un alimento preferible casi siempre al que tendrían si estuviesen libres?

Así se ve que los mas de ellos, á los pocos dias de haber salido de los presidios, ingresan nuevamente en las cárceles, buscando la vida de holganza que han perdido, y la seguridad del alimento y el vestido que solo con el trabajo podrian conseguir en libertad.

Con su conducta demuestran la ineficacia de nuestro sistema penal y el desorden de nuestras prisiones, puesto que no sienten el castigo, y que en vez de engendrar en ellos arrepentimiento, los anima á la reincidencia. ¿Qué tiempo tienen para reflexionar su crimen? ¿Qué medios se les dan para libertarse de las asechanzas de sus antiguos compañeros de cárcel y presidio? ¿Cuál será el modo de vivir de cada uno cumplida la condena, aun cuando la casualidad le haya hecho ser de los pocos á quienes se enseña un oficio?

Estas sencillas reflexiones bastarian para haber llamado la atencion de tantos gobiernos como en España se han sucedido; y sin embargo, aparte de un mezquino ensayo hecho en Madrid y Valencia, en edificios por cierto bien poco á propósito; y en donde el aislamiento de noche se cifra en unas tablas, y el trabajo de dia era en comun, con permiso á los penados de hablar entre sí, con tal de no perturbar el orden de la prision, junto con algunas mejoras en el vestido y comidas de los presidiarios, ha sido cuanto de algunos años acá se ha hecho para mejorar el estado vergonzoso de nuestras prisiones, desapareciendo al poco tiempo el presidio de Madrid, á pesar de haberse instalado con el pomposo nombre de *modelo*.

No cuento entre estos, ni el malogrado proyecto de la casa de reclusion de jóvenes, que despues de estar terminada y dispuesta á recoger á esos seres abandonados en donde recluta el crimen sus adeptos, ha sido convertida en cuartel, por dificultades reglamentarias; ni la construccion, siempre aplazada, de una nueva cárcel en Madrid á la altura de los conocimientos moder-

nos; ni la construida á expensas de la diputacion de Alava en Vitoria, ni alguna otra recientemente arreglada ó construida, pues las unas han quedado en proyecto, y las otras lo han sido sin sistema fijo y viviendo los presos en la mas libre comunidad.

Si hemos de levantarnos á la altura del siglo en que vivimos, es forzoso emprender una reforma completa, comenzando por las cárceles y siguiendo hasta los presidios, no sin conciliar la economía con las grandes necesidades de un pueblo en que el aumento de la criminalidad inspira cuidados y recelos, y denota la ineficacia de nuestro sistema penal.

II.

Conocido ya el lamentable estado de nuestras cárceles por las ligeras reflexiones que llevo apuntadas, huyendo de la exageracion para que no se diga que de ella se quiere sacar la razon de la reforma, sino presentando las cosas con toda verdad é imparcialidad, y juzgándolas quizás con demasiada benévola, bien clara y patente está la necesidad de acudir al remedio con toda resolucio, con la esperanza de obtener los mismos saludables resultados que está dando en cuantos paises lo han aplicado, si bien no debemos lisongearnos de recoger el fruto apetecido mientras no se busquen en la sociedad los gérmenes del crimen, y no se procure resolver los grandes problemas sociales con ellos íntimamente enlazados.

El primer defecto de nuestras cárceles, es indudablemente la comunidad en que viven los detenidos, pues engendra relaciones funestas en lo porvenir, y pervierte á los que aun no tienen un corazon depravado. Extirpar este cáncer debe ser el primer objeto de la administracion, sin que para ello repare en gastos ni sacrificios, pues todos son nada, comparados con los tristes efectos que de continuar semejante confusion resultan para la vida civil.

Y no se diga que ya en nuestras prisiones se separan los presos en diversas categorías segun su criminalidad, pues esta separacion es completamente arbitraria, y basta para convencerse de ello observar cuántos de los detenidos en una cárcel, creyéndolos autores de un delito, son puestos en libertad por los mismos tribunales que han de juzgarlos.

El único medio eficaz es el aislamiento del detenido; y si la experiencia no lo manifestase, bastaria ver la tendencia de los que la desgracia lleva á esos establecimientos, para indicar el remedio. Si disponen de algunos recursos, desean pasar á las habitaciones de pago, en las que por lo menos están separados de los mas corrompido de la cárcel; si son pobres procuran mantenerse en los rincones del inmundo patio, sufriendo quizás los groseros insultos de sus desalmados compañeros. Pero se dirá: ¿Queréis aislar, y por lo tanto castigar al que la ley aun considera inocente? Aparte de que el aislamiento no es aquí una pena mas que para los grandes criminales, que no pueden hacer prosélitos, conviene tener en cuenta que este aislamiento debe ser solo de la mala sociedad de la cárcel, pero no de los amigos y parientes del preso, siempre que las visitas se hicieren á horas que no alteren el buen orden de la prision, y cuando lo permitan los respectivos jueces.

El alejamiento de los criminales les proporciona, en cambio, la facilidad de continuar el trabajo de que quizás pende su subsistencia y la de una numerosa familia. ¿Se ha reflexionado bien sobre la horrible situacion del desgraciado jornalero á quien se priva por largo tiempo de su libertad, y despues se declara inocente? Al volver á la sociedad, ¿qué encuentra? Su familia arruinada por los sacrificios que se ha impuesto para hacerle mas llevadera la prision; sus hijos tal vez perdidos, y su mujer y sus hijas pereciendo de miseria ó mendigando el pan de la prostitucion.

Pudiera hoy objetarse que muchos presos no tienen oficio, y que la soledad sin el trabajo es un horrible castigo, que la sociedad no tiene derecho á imponer al que aun presume inocente. Este seria, sin duda, un argumento poderoso en contra del aislamiento de los detenidos, si no hubiera muchas ocupaciones que no necesitan un largo aprendizaje, y en las cuales puede emplearse un detenido, proporcionándole medios, que, no por ser cortos, son menos importantes para el que nada tiene.

Pero aun cuando esto no pudiera conseguirse, ¿será menor la pena que hoy se impone al desgraciado á quien se encierra en una cárcel con centenares de hombres depravados, que al que se le obliga á estar separado de aquellas personas cuyo contacto puede ser perjudicial?

Tampoco deben abrigarse los temores que han asaltado á los enemigos del aislamiento como pena, por el corto tiempo que necesariamente ha de durar la detencion. Este método, que se ha ensayado en las prisiones de Paris y en otras de Europa, está produciendo los mejores resultados. No cito á la Francia por ese espíritu de imitacion que hace largo tiempo se ha desarrollado en España, sino porque el carácter de sus habitantes, en particular los del Mediodia, guarda mucha analogía con el de nuestros compatriotas.

Si á esta reforma acompañase una rápida tramitacion, en cuanto sea compatible con la justicia, para disminuir el tiempo que los detenidos esperan en las cárceles, ya su absolucion, ya su condena, abrigaria

la firme persuasion de que pronto se tocarian sus ventajas.

Un grande obstáculo puede ofrecerse á la reforma propuesta, y es el coste que necesariamente ha de tener la trasformacion de nuestras cárceles, sin la cual es inútil ensayar el nuevo sistema.

La sociedad no debe reparar en medios, cuando se trata de extirpar de raiz un grave mal que la corroe y mina su existencia. Por otra parte, no son ni con mucho los gastos tan grandes como á primera vistase cree, pues la mayor parte de los edificios hoy destinados para cárceles en las capitales, pueden ser transformados para el sistema celulario tal como se propone. Considérese, además, el ahorro que la administracion habrá de obtener por el menos tiempo que los presos permanecerán en las cárceles, si, como es justo, las modificaciones del sistema procesal acompañan á la reforma penitenciaria, y se verá que este gasto es infinitamente menor de lo que parece, y por lo tanto de aquellos que una administracion ilustrada puede y debe emprender, segura de hacer un gran servicio al pais y á la humanidad.

III.

¿Qué reforma moral se puede esperar de establecimientos como nuestras prisiones y presidios, en que los penados están en constante comunicacion de dia y de noche, y en que, si hay talleres, trabajan en comun jóvenes y adultos? Ninguna, y de ello es buena prueba el constante acrecimiento de la criminalidad, y que nuestro Código sea llamado por los criminales con el gráfico nombre de *libro de indulto*.

No es ciertamente, porque el Código, que produjo una completa reforma en nuestro absurdo sistema penal, consignando en sus páginas las que aconsejaban las buenas doctrinas, haya dejado de castigar los delitos con la severidad que merecen: nada menos que eso; sino que, como sucede casi siempre en España, cuando se da un paso en la via de las reformas parece que la administracion se espanta, y suspende su marcha, sin comprender que todo bien y todo mal están enlazados, y que no es posible tocar á uno de los antiguos eslabones sin conmover el resto de la cadena.

Leed, señores, el Código penal, y hallareis cómo ciertos delitos deben purgarse en establecimientos que no existen, ó si existen, no son lo que la ley quiere que sean.

¿Cómo habia de suponer el Código que los jóvenes á quienes manda encerrar en una prision ó presidio correccional iban á estar confundidos con los demás criminales? ¿Qué correccion era entonces la que se prometia? Hubiera sido cien veces preferible ponerlos en libertad, pues á lo menos no se habrian contaminado con las perversas doctrinas vertidas en la cárcel ó el presidio, y quizás recogidos por alguna asociacion benéfica, volverian al camino de la virtud, transformados en útiles ciudadanos.

He comenzado de propósito por los jóvenes, porque, si bien es cierto que hay quien supone que los grandes criminales se prestan mejor á la enmienda, la razon y la experiencia indican con claridad que la regeneracion moral es obra mas llana cuando se lucha con corazones tiernos, en que con tanta facilidad se imprime lo bueno y lo malo, que cuando se pretende reformar las costumbres de un hombre avezado al crimen y de pecho empedernido.

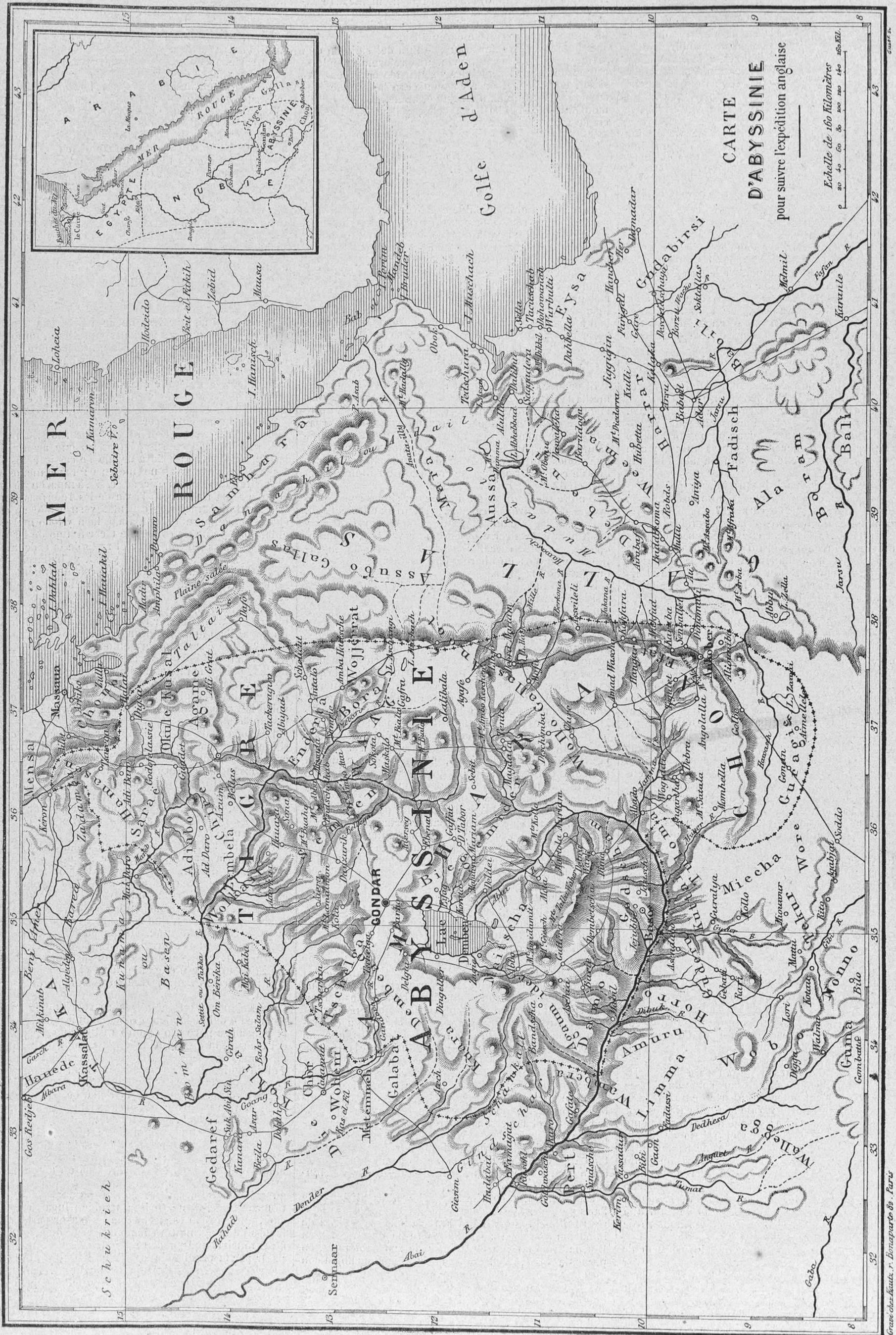
En Inglaterra, en Francia y en Holanda la reforma penitenciaria ha principiado por separar en distintos edificios de los demás criminales á los jóvenes, sujetándolos, ya al sistema del aislamiento, ya al del trabajo en comun; ya distribuyéndolos en colonias agrícolas, dando unas y otras el mejor resultado.

El primer sistema, que es el que se sigue en Paris en la prision de la *Roquette*, ha llegado á perfeccionarse hasta el extremo de resolver la gran dificultad de la instruccion, conciliándose con el aislamiento y la enseñanza de un arte ú oficio, el leer, el escribir y contar, y la instruccion moral, base y fundamento de toda reforma.

En Holanda y en Inglaterra se consigue lo mismo, por medio del aislamiento ó las colonias agrícolas. En la soledad se hace uso de otro castigo que la supresion del trabajo, la disminucion en la comida ó el calabozo; mientras que el taller comun lleva consigo la necesidad de aplicar con demasiada frecuencia castigos corporales, por la suma dificultad siempre, pero mas aun entre jóvenes, de guardar la regla del silencio absoluto, una de las principales condiciones del sistema.

Quizá en España, pais esencialmente agrícola, convendria hacer ensayos en ambos sentidos, si bien creo que para huir de la necesidad de castigos corporales, y á fin de conservar el silencio, entre nosotros indudablemente mas difícil que en otros paises, aprovechando los muchos terrenos que el Estado posee incultos, y algunas islas casi desiertas, podrian fundarse colonias penitenciarias, en que tuviera tambien lugar la separacion, pues si bien es cierto que la mayor parte de las faenas de la agricultura han de hacerse en comun, hay otras muchas que pueden ser individuales, y despues de pasar por la prueba de la vida solitaria durante algun tiempo, dando señales ciertas de buena conducta y aplicacion, podria autorizarse la reunion como premio y preparacion para la vuelta á la sociedad del jóven corregido.

(Se continuará.)



CARTE
D'ABYSSINIE
pour suivre l'expédition anglaise

Echelle de 160 Kilomètres

Grave chez Kluiter, r. Bonaparte 28, Paris



Palacio del Cuerpo legislativo. — M. Rouher pronunciando su discurso sobre la nueva ley de la prensa en la sesion del 4 de febrero.

El Cuerpo legislativo francés.

(Véase el número 788.)

Estábamos en el capítulo de las interrupciones.

La interrupción es vecina del ruido, tanto que el *Moniteur* suele comprender la interrupción y el ruido en un mismo paréntesis; sin embargo, se distinguen, pues si evidentemente muchas interrupciones deben hacer algún ruido, y mucho ruido debe producir una interrupción, no en este último sentido debe entenderse la palabra en lenguaje parlamentario. Que el orador se interrumpa ó no, hay interrupción cuantas veces en medio de un discurso resuena una palabra que sale del auditorio.

Nada más variable que la interrupción, y el catálogo de ellas sería muy largo.

Por punto general puede decirse que es el desquite del silencio. Este silencio forzoso excita á interrumpir; la petulancia hace también interruptores; cuando un diputado es petulante y mudo, reúne los requisitos necesarios para ilustrarse en la interrupción. Así se distinguió el joven Estancelin en la Constituyente de 1849.

La interrupción cuando no es demasiado frecuente, es una amiga para el orador, pues ella da empuje á la timidez, despierta la elocuencia y hace que los que se desvían de su camino vuelvan á él instantáneamente.

M. Thiers contesta á los interruptores con agudos epigramas; M. Jules Favre con palabras contundentes; M. Picard con réplicas incisivas, y más de una vez han proporcionado á M. Rouher la manera de concluir brillantemente sus discursos. El famoso apóstrofe de M. Guizot: «Vuestras injurias no se elevarán jamás á la altura de mis desdenes,» nació de una interrupción.

Entre los interruptores de la actual cámara figura en primer término M. Glais-Bizoin. El diputado de las Costas del Norte es la viveza personificada, entre él y el presidente la interrupción se convierte en diálogo. M. Rouher se sonríe y no interrumpe. M. Thiers se agita, M. Pelletan fulmina, los dichos de M. Berryer son muy escasos, pero cada uno de ellos es terrible. M. Picard procede con picaduras de alfiler, pero bien sabe Dios que no es avaro. M. Granier de Cassagnac afirma sus interrupciones con puñetazos sobre su pupitre.

El «diputado que lee» no responde ordinariamente á las interrupciones, como es muy natural, puesto que no figuran en su manuscrito, y el que pone sitio á una plaza no puede prever las salidas, á menos que el sitio, por efecto de una complacencia suma, no dé aviso la víspera. Y esto suele suceder á la verdad, siempre que se cuenta con un compadre.

En este caso el interruptor suministra el refuerzo necesario para atravesar sin grandes esfuerzos un paso difícil. Pero ¡ay de él! si este compadre se pasea por los corredores y olvida su compromiso. El orador cortado y confuso no tiene más que un recurso á que apelar, y es el de interrumpirse á sí mismo, bajo esta forma: «Pero... se me dirá...»

Hay la interrupción irritante y la interrupción torpe. La una es el silbido de la cábala, la otra el aplauso demasiado precipitado de los amigos. Entrambas confunden al orador, sea que le señalen maliciosamente un error cualquiera, sea que le corten sin oportunidad un período de efecto, cuyo fin se pierde en el ruido. La elocuencia es como los buenos asados y los buenos cigarrillos, no admiten el recalentado, ni valen gran cosa cuando se encienden de nuevo. Las cosas sublimes no se dicen dos veces.

Ejemplo: — Al fin de una larga sesión el orador termina así su discurso:

«... Lo que habeis de temer es que un día no os respondan que es demasiado tarde.»

Una voz: «... En efecto, son las seis y media (Risas).»

Otro ejemplo:

El orador: «... Tal es en su conjunto, ese sistema ¡Bravo, bravo!... que es el de nuestros adversarios.»

Hé ahí el aplauso que aplasta. Las interrupciones son frecuentes en el Cuerpo legislativo, pues sus miembros, más jóvenes que los del Senado, se inflaman con mayor facilidad que la sesuda asamblea del Luxemburgo. El Cuerpo legislativo es «la Cámara fogosa,» decía hace poco tiempo un senador.

Esta diferencia se observa á la primera ojeada. En el Cuerpo legislativo no hay uniforme, sino que antes bien reina allí la más completa independencia en el traje. El frac negro es muy raro (M. Jules Favre le lleva á menudo). La levita es bastante frecuente (M. Thiers la lleva cuando debe hablar); los faldones de esta levita deben haber sido cortados en aquel famoso ropaje de Popilio que llevaba la paz ó la guerra. — El gaban domina bajo todas las formas y colores. En el verano M. Thiers usa una jaqueta gris, y así en la forma ó el color lleva siempre algo del vestido tradicional de su héroe, la levita gris.

Casi todos los ojales están adornados, abundan los capullos de cinta encarnada. En diciembre último contaba la Cámara: 41 grandes oficiales, 30 comendadores, 103 oficiales, 103 caballeros. Total: 247 de 281.

Entre los grandes oficiales hay cinco generales, á saber: Señores Dautherville Gorse, Lebreton, de Luzy-Pellissac, y Meslin. Los otros seis son los señores Schneider, Thiers, Arman, Barbet, Frey y Roulleaux-Dugage.

La izquierda, naturalmente ostenta menos flores en tan brillante conjunto, y sin embargo, figuran hom-

bres en ella que han sido gobierno. Los señores Berryer, Jules Favre, Marie, Carnot, Garnier-Pagés y Ollivier no están condecorados. Total: 34.

En los días solemnes, cuando cada cual ocupa su puesto, el espectáculo impone: sentimos que el grabado no se preste á reproducir el conjunto conservando la semejanza de los individuos. Sin embargo de esto, ofrecemos á nuestros lectores la reproducción de un episodio que á nuestro juicio es memorable, pues tiene toda la importancia de un hecho histórico. M. Rouher defendió en la tribuna del Cuerpo legislativo la nueva ley sobre la prensa (1). Después de los discursos que había oído la Cámara, M. Rouher puso fin á todas las vacilaciones. M. Rouher es siempre, para hablar como los árabes, «el amo de la votación.» Cuando ha concluido de hablar, la mayoría rota y dispersa se reforma, y las ovejas extraviadas vuelven al redil á la voz del pastor á quien tienen costumbre de obedecer hace largo tiempo.

Aquel día M. Rouher tuvo la buena fortuna de ser aplaudido por la oposición (lo dice el *Moniteur*), la derecha votó menos estrepitosamente, más no obstante votó, salvo ocho miembros, calificados por uno de ellos de «los siete sabios de la Grecia.» — (¿Por qué de la Grecia? Creo que se puede ser sabio sin ser griego). — El triunfo fué brillante, pero todos los triunfos tienen sus espinas. Al aceptar la paternidad de una obra que no era la suya, y al asociar á ella á la Cámara, que no parece tener una paternidad muy afectuosa, el señor ministro de Estado no debió disimularse que efectuaba una evolución importantísima, casi diríamos una revolución. M. Rouher, el eminente parlamentario, el hombre poderoso en la tribuna, no pudo disimularse que acababa de restablecer el régimen parlamentario, y ya dos veces desde entonces ha hablado de «responsabilidad.» Los diputados que figuran en nuestra lámina son otros tantos retratos. J. DE V.

Revista de Paris.

Hé aquí la primera fiesta de la primavera, favorecida por un tiempo magnífico, aunque no por una afluencia de gente extraordinaria, las carreras de caballos de Porchefontaine, que han tenido lugar el último domingo. La gente, decimos, no se apresuró á presenciar esta inauguración de las fiestas hípicas, prefiriendo, y con razón, á un viaje molesto el bellissimo é inmenso paseo que principia en los Campos Eliseos y acaba en los lagos del bosque de Boulogne. Nada más animado que el cuadro que presentaba aquella tarde este inmenso trayecto. Las avenidas reservadas á los paseantes á pié se hallaban obstruidas por una compacta muchedumbre, ansiosa de respirar los primeros ambientes de la atmósfera primaveral, y en cuanto á la calzada de los carruajes, no obstante su vasta anchura, ofrecía sitios donde verdaderamente la circulación era imposible. Puede decirse que todas cuantas notabilidades forman la sociedad fashionable de Paris, se hallaban el domingo en el bosque de Boulogne. El desfile fué largo y trabajoso. En Paris como en todas partes, la gente sale á paseo y se retira á la misma hora, y como se trata de muchos miles de carruajes, sobre todo la retirada no se efectúa fácilmente á la salida del bosque.

¡El bosque, los teatros, los bailes! Tal es el programa de la vida parisiense en esta época del año. Toda persona de elevada posición social se considera como precisada á presentarse sin tregua ni descanso en las orillas de los lagos, en la ópera y en las grandes fiestas mundanas. En estos días tan próximos al carnaval, las diversiones se multiplican de tal modo, que parece punto menos que imposible asistir á todas. Y sin embargo, ninguna de las principales deja de reunir á las personas de gran tono. Pasadas las carnestolendas, hay un par de semanas de interrupción, y luego se continúa como antes hasta Pascuas, ó mejor dicho, hasta que empieza la emigración á las casas de campo. ¡Bien necesita la sociedad parisiense este reposo veraniego! La salud se quebranta en las fiestas tanto ó más que en el trabajo, y por otra parte, la vida que se hace en los meses de invierno resulta muy cara, y se resienten de ello hasta las fortunas más considerables.

Pero no todo son fiestas y placeres, y esta misma semana, á la vuelta de tanta relación de bailes y banquetes como se encuentra en los diarios, hemos tenido también los pormenores de un espantoso siniestro ocurrido en un establecimiento de una importancia magna. Era este establecimiento la inmensa fábrica de libros creada por el abate Migne durante cuarenta años, á fuerza de un trabajo constante y de sacrificios enormes. El edificio, situado en la calzada del Maine, número 127, se prendió fuego en la noche del martes, y el abate Migne, á la primera señal, se despertó sobresaltado y corrió á su biblioteca compuesta de miles de volúmenes, de los cuales una gran parte pudieron arrojarse por los balcones.

Cuantos bomberos había en los puestos circunvecinos acudieron inmediatamente, así como llegó también un destaca-

(1) Un extenso extracto del debate se halla en la parte política del *Correo*.

mento de tropa; pero en esto los talleres incendiados ofrecían ya un horroroso espectáculo, y toda esperanza de salvarlos se había perdido. Las obras impresas que se consumían rápidamente proyectaban una llama que fundía los clichés, y muy luego vino á ser todo un río de metal ardiendo.

Sin embargo, atacaron el fuego vigorosamente, y al cabo debió ceder á tantos esfuerzos reunidos, aunque no sin haber consumado su obra de destrucción, y así fué que cuando apareció la luz del día, aquellos talleres de más de setenta metros de largo por treinta de ancho, estaban convertidos en una aglomeración de papel ennegrecido y de hierro retorcido, entre el cual se distinguían grandes barras de plomo.

El desastre ha sido completo, pues excepto la biblioteca particular del abate Migne, los muebles y algunos cuadros de iglesia, todo lo demás ha perecido. Lo más sensible de todo, es la pérdida de un millón de clichés, fruto de tantos años de trabajo, y cuyo valor pasa, según dicen, de seis millones de francos.

Entre las obras notables que forman la incomparable colección dada á luz por el abate Migne, hay tres que desaparecerán á consecuencia de este incendio, dice el *Figaro*, y son las siguientes:

La *Patrologia*, que comprendía trescientos noventa y un gruesos volúmenes impresos á dos columnas. El último tomo estaba en prensa, y hasta los manuscritos se han quemado.

La *Enciclopedia teológica*, que comprendía ciento setenta y un volúmenes en folio. Solo quedaban por imprimir dos volúmenes.

Por último, la *Colección universal* de los oradores cristianos, que constaba de ciento dos volúmenes. El centésimo tomo estaba en prensa.

En el vastísimo establecimiento del abate Migne se ejercían doce profesiones. Y no solo se imprimían allí libros y periódicos, sino que se fabricaban órganos de iglesia, cuadros de santidad, estatuas y bajo-relieves.

La causa del incendio no se conoce, pero no se atribuye á la malevolencia. Todo ello estaba asegurado á diversas compañías, y el abate Migne ha enviado una comunicación á los periódicos para decir á sus socios y demás interesados, que nada perderán si le dan tiempo para que renazca el establecimiento de sus cenizas. De todos modos, la pérdida es inmensa, porque se necesitarían muchos años para volver á hacer los clichés, que constituían el verdadero tesoro del abate Migne.

A propósito de incendios, la crónica semanal señala otro que encierra un misterioso drama, ocurrido hace cosa de un mes en una de las localidades inmediatas á Paris.

Un rico propietario de la capital, dice el periódico el *Etendart*, había comprado un terreno en el pueblo en cuestión, se mandó hacer una casa con todas las comodidades apetecibles, y fijó en ella su residencia.

Observáronle que se había olvidado de asegurar su casa, pero él respondió que no era olvido, sino que la había construido de modo que no tenía que temer los incendios.

Y efectivamente, el hierro y la piedra habían entrado en la obra en la mayor cantidad posible.

Hace cosa de un mes el propietario vino á Paris, y advirtió á su esposa que sus ocupaciones le exigían veinte y cuatro horas de ausencia, y que por consiguiente no le esperase aquella noche.

Ahora bien, venido el día siguiente, recibió aviso á las seis de la mañana, de que su casa se había prendido fuego, y que su esposa había perecido en el incendio.

Inmediatamente el propietario se puso en camino, no pudiendo creer en semejante desgracia.

Sin embargo, la desgracia era cierta.

La señora del propietario estaba muerta en su cama, con la cabeza y los pies horriblemente quemados, y en su aposento no se veía otra cosa que cenizas y carbones.

El incendio ofrecía no obstante algunas particularidades muy extrañas; no había en las paredes señal alguna del fuego, y apenas el techo estaba ennegrecido por el humo.

En la sala el cuadro era el mismo, con iguales particularidades, si se exceptúa la presencia del cadáver.

Subieron al piso superior, donde tenía su cuarto la doncella, y encontrando á esta durmiendo, la despertaron, la dijeron lo que había ocurrido, y ella dió las más expresivas muestras de dolor, diciendo que no había visto ni oído nada.

Finalmente, después de hacer entonces todas las suposiciones imaginables, no pudieron aplicar á nadie la menor sospecha.

Pasadas tres semanas desde el día en que ocurrió el incendio con las circunstancias que acabamos de referir, el dueño de una casa de huéspedes situada en un barrio distante del centro de Paris, pasó á ver al propietario en cuestión; pero este se hallaba ausente.

— Necesito hablar con él para un asunto de la mayor importancia, dijo al criado; aquí están las señas de mi casa; y le suplico que se aviste conmigo en el más breve plazo que le sea posible.

Y entregó al criado una tarjeta.

Veinte y cuatro horas después se efectuó la entrevista.

El propietario supo allí que su criada, á quien había despedido, y la madre de ella vivían en aquella misma casa, que hacia tres semanas estaban de fiesta continua, que las dos habían cambiado completamente su modo de vivir ordinario, y ostentaban un lujo chocante en personas de su clase.

Con estas noticias, el propietario se dirigió al hombre que había practicado las primeras averiguaciones, y quien re-

comendó le avisaran en cuanto notasen el menor indicio.

Inmediatamente se adoptaron las medidas oportunas para descubrir la verdad.

Como las sospechas fueron tomando consistencia, varios agentes de policía fueron encargados de observar la casa habitada por las dos mujeres, y una noche las prendieron con unos individuos que estaban en su compañía cenando opíparamente.

Un gran número de objetos que pertenecieron á la víctima, han sido encontrados en posesion de los acusados de este odioso crimen, que ha costado la vida á la señora de uno de los hombres mas estimados en la buena sociedad de París.

Como la justicia entiende en el asunto, debemos por hoy ser sobrios en pormenores; y así esperaremos el fin de la informacion judicial para referir exactamente lo ocurrido.

Muchos malhechores hay en París á pesar de lo despierta que anda siempre la policía. Ultimamente han capturado una porcion de ellos que formaban una sociedad, la cual operaba de un modo singularísimo, como lo prueban estos dos episodios.

La escena comienza en el baile de máscaras de la Opera.

Un jóven comerciante se paseaba por el gran salon del teatro, cuando se llega á él una mujer disfrazada con un dominó negro, y le dice:

— Mi señora, que es una de las beldades de París, desea ver á Vd.; pero para ello tiene Vd. que pasar por ciertas condiciones.

— ¡Ah! ¿Y la entrevista será aquí mismo?

— No, señor, en otra parte.

— Muy bien, pero dígame Vd. las condiciones.

— Primeramente no ha de tener Vd. miedo, y en este caso encuentrese Vd. mañana domingo á las ocho de la noche, en la plaza del Panteon, donde le esperaré en un carruaje que Vd. reconocerá por el caballo blanco; tomará Vd. asiento en el coche, se dejará Vd. vender los ojos y conducir adonde yo le lleve sin hacer observacion alguna. ¿Está usted conforme?

— Si por cierto, ¿mas no podria saber por qué esa señora toma semejantes precauciones?

— Porque no quiere que se conozca la casa en donde recibe.

— ¿No es pues la suya?

— No, señor. Del mismo modo que va Vd. á la casa volverá á la plaza en donde le doy cita.

— Todo esto parece el principio de un drama, observó el jóven.

— No digo no; pero no es drama trágico. ¿Con que quedamos en vernos mañana á las ocho?

— Sin falta.

Este misterio excitó la curiosidad del jóven y decidió asistir á la cita y someterse á todas las condiciones que se le exigian.

Todo ello se efectuó como acabamos de decir; el coche se detuvo despues de haber andado como un cuarto de hora, guiado por la mujer del dominó negro, el jóven se apeó, entró en un portal, subió una escalera de treinta escalones, oyó abrir una puerta y cuando le quitaron de los ojos el pañuelo se halló en un cuarto bien alumbrado, en donde le rodeaban tres hombres armados de puñales y pistolas.

Estos hombres le impusieron silencio amenazándole, y él sin chistar permitió que le robaran el reloj y el bolsillo, despues de lo cual le volvieron á poner el pañuelo en los ojos y uno de los individuos le habló diciéndole:

— Ahora le vamos á llevar á Vd. á la plaza, pero cuidado con gritar, porque al menor grito muere Vd. á puñaladas dentro del coche.

Con efecto, nuestro jóven obedeció como un cordero en todo y por todo, y llegado á la plaza del Panteon le hicieron apearse del carruaje, que inmediatamente se alejó á toda prisa.

Sin embargo, el jóven dió parte, pero no pudo designar la casa en donde habia tenido lugar este acontecimiento novelesco.

Afortunadamente, muy luego debía descubrirse la guarida.

Una de estas últimas noches un dependiente de tienda andaba por la acera de una de las calles próximas al Panteon y delante de él iba una jóven que de repente da un paso en falso y dice lamentándose que acaba de torcerse el pié. El jóven la ofrece el brazo para acompañarla á su casa, y llegados á una callejuela, la muchacha se detiene en un portal oscuro y pide á su acompañante que haga el favor de ayudarla á subir hasta su cuarto en donde vive con sus padres.

Dicho y hecho; entrambos suben la escalera y al cabo la jóven se detiene en el tercer piso y llama á una puerta, que al punto se abre dando paso á tres hombres, los cuales se apoderan del acompañante y le introducen en un cuarto, donde le quitan cuanto lleva encima, lo mismo que al jóven del baile de la Opera.

Concluida esta operacion, uno de aquellos tres hombres le dice que le dejarán marchar en paz, pero advirtiéndole que será asesinado si cuenta lo sucedido, pues ellos forman una numerosa y temible sociedad y no se escapará de sus manos.

Poco caso hizo el jóven de la amenaza, y así que se vió en la calle dió parte de aquella fechoría, y en su consecuencia han sido presos unos doce individuos que, con efecto, formaban una sociedad para despojar al prójimo del modo que hemos dicho. La casa adonde atraian á las víctimas la llamaban la Torre de Nesle, y entre ellos y sus mujeres se daban los nombres del famoso drama que lleva

en francés el mismo título y en español el de *Margarita de Borgoña*, su celebrísima heroína.

Los teatros están animados y brillantes en esta temporada de fiestas continuas.

En la Grande Opéra siguen haciendo furor las representaciones de *Guillermo Tell* y Faure merece realmente los entusiastas aplausos que le prodiga el público.

En los Italianos no se han visto hace tiempo funciones tan brillantes como las que se dan en la actualidad. El sábado último el teatro estaba resplandeciente y ocupado hasta en las últimas localidades: cantábase *Don Giovanni*.

Nada podriamos decir que ya no hayamos dicho sobre esta incomparable partitura de Mozart, que en lugar de envejecer como tantas obras muy celebradas en la época de su aparicion y que duermen ya el sueño eterno en los archivos teatrales, aparece cada dia mas lozana, mas llena de vida.

Por lo tanto lo unico que reclama nuestra atencion es el desempeño para el cual M. Bagier habia designado á sus principales artistas. Desde luego la Patti es acreedora al primer elogio, pues con efecto, jamás se ha visto en París tan encantadora Zerlina. ¡Es verdaderamente prodigioso su talento artístico! Con la misma facilidad, con igual soltura y maestría interpreta á Verdi y á Mozart, á Donizetti y á Rossini. Puede decirse que cuantas veces el papel de que está encargada se adapta á sus condiciones físicas, la ejecucion es perfecta de todo punto, y en este caso se halla la preciosa creacion de Zerlina. La Krauss hizo de Doña Ana con la aceptacion que encuentra esta cantante siempre que ha de expresar pasiones vehementes, y la Harris luchó con menos ventaja contra las dificultades de que para ella está erizado el papel de Doña Elvira.

El barítono Steller era el protagonista, y aunque en la parte de canto merece los elogios debidos á su hermosa voz, preciso es confesar que como actor le falta mucho para personificar cumplidamente aquel Don Juan, tipo de seducciones creado por nuestro célebre autor Tirso de Molina. Su frialdad natural y su encogimiento en la escena no justifican seguramente el exorbitante catálogo de conquistas que con tanta puntualidad lleva su criado Leporello. Este sirviente tan original y tan comun en la antigua comedia española, corria á cargo de Ciampi, que dejó bastante que desear en su desempeño; por último, Gardoni en el papel de Don Octavio y Verger en el de Mazetto, se esforzaron por contribuir al mejor éxito de una funcion que parecia haber sido ensayada cuidadosamente. Concluyamos pues, dando las gracias á la empresa que ha tratado de presentar al público la inmortal obra de Mozart con todos los principales medios de que dispone para que sea admirada como se merece.

MARIANO URRABIETA.

Biografía.

CARLOS KEAN.

Hace pocos dias murió en Lóndres, á la edad de cincuenta y dos ó cincuenta y tres años, y víctima de una triste y cruel enfermedad del corazon (de la misma que sucumbió su ilustre padre) el célebre actor Carlos Kean, uno de los mas hábiles y el mas fiel intérprete que han tenido en la última generacion las inmortales producciones de Shakespeare, de Home y de Byron.

La pérdida de este eminente cómico ha sido considerada en la altiva Inglaterra como un duelo nacional para las letras y para las artes; y desde la reina Victoria, que ha escrito una sentida y afectuosísima carta de pésame á mistress Kean, la desolada viuda, desde la aristocracia, cuyos miembros mas distinguidos, admiradores y aun particulares amigos de Kean, comparten el vivo dolor que el teatro experimenta por la pérdida del mas caballeroso y honrado de los actores, hasta la prensa, la cual, por medio de todos sus órganos ha rendido piadoso tributo de pesar y expresado la admiracion que le inspiraban los prodigiosos talentos y las esclarecidas virtudes del difunto, todo cuanto en Inglaterra es noble, bello, inteligente y elevado ha formado un armonioso concierto de acentos de dolor que ennoblece la pura y generosa memoria del segundo hijo de Edmundo Kean.

Se ha suscitado, en medio de estas demostraciones póstumas, el pensamiento de conceder al eminente cómico los honores de una sepultura en las bóvedas de la Abadía real de Westminster, donde están inhumados todos los grandes hombres de Inglaterra, y en donde reposan ya las reliquias mortales de algunos predecesores de Carlos Kean y sus pares en el arte, y si no se ha llevado á cabo, ó puesto los medios para realizarlo, es porque en primer lugar se contrariaría la última voluntad del difunto, que ha mandado que su entierro sea muy modesto y limitado á las personas de la familia, y luego porque hasta cierto punto van cayendo en desuso los honores del Panteon, como lo prueba que en los últimos años algunos de los mas eminentes hombres de Estado y literatos de la Gran Bretaña no hayan sido enterrados en la célebre abadía.

Pero el simple deseo, la intencion nada mas enunciada de otorgar á un actor dramático, al hijo de otro có-

mico de tempestuosa pero de imperecedera memoria, los honores de Westminster, prueba de qué modo en la severa y aristocrática Inglaterra se admira y se enaltece un mérito real, en cualquiera manifestacion del humano ingenio, unido á una conducta irreprochable y ejemplar.

Aprendan en este como en otros mil hechos que se presentan todos los dias, los injustos, ó mejor los necios y ridículos detractores de Inglaterra, de su carácter nacional, de sus instituciones políticas, de su organizacion social, que un pueblo tan grande, tan poderoso, tan libre, no puede abrigar nunca ideas mezquinas y rastreras, ni hollar el mérito, ni negar su aplauso y admiracion á todo lo que lleva el sello del genio ó la autoridad de un gran talento desarrollado y robustecido por un estudio metódico y perseverante.

Inglaterra llora como una pérdida inmensa la muerte de Carlos Kean, que no era en el orden social mas que un simple representante, un cómico, un histrion. Los principales periódicos escriben su elogio fúnebre; las revistas publican artículos biográficos y críticos; los pequeños periódicos dan á conocer muchas é interesantes anécdotas relacionadas con la vida artística ó doméstica del popular actor, del admirable intérprete de *Otello*, de *Fausto*, de *Ricardo III*, de *Rob Roy*, y el público inglés acoge con avidez cuantas noticias se ofrecen referentes á su actor favorito, y halla nuevos motivos de simpatía, en el conocimiento mas profundo é íntimo de las interioridades de su vida y de los móviles siempre elevados y nobles que le impulsaron en las diversas fases de su carrera, y en sus honrados proceder como hombre de negocios, como caballero y como padre de familia.

Consolador es este espectáculo, edificante tan rara unanimidad de pareceres, bella y digna la actitud reverente y piadosa de un pueblo entero en derredor de la tumba de un trágico.

La causa de esta grande universal popularidad de Carlos Kean no ha de buscarse únicamente en las condiciones de su privilegiado talento, en su refinado y exquisito gusto literario, en su puritanismo artístico, en todo ese raro conjunto de ventajas exteriores que se reasuman en su sér; sino que tambien ha contribuido á formarla y en su principal parte quizá, su intachable probidad, su caballeroso porte en todas las circunstancias de la vida, su proverbial sinceridad, sus virtudes domésticas, sus irreprochables principios morales.

Segundo hijo, y único superviviente del célebre Edmundo Kean, que murió, así puede decirse, sobre la escena, ejecutando, al lado de su hijo, el *Otello*, Carlos Kean no heredó ciertamente todo el potente genio de su padre, ni sus fenomenales facultades, pero desplegó en la escena tanto talento como aquel, y fué mas observador, atento y estudioso en el análisis de los caracteres y en el ensayo de sus papeles.

Si no heredó el genio de su padre, en cambio tampoco se transmitieron á Carlos Kean las pasiones frenéticas, los desórdenes de la boraginosa y atormentada existencia de su padre, su conducta desarreglada y cínica, en fin, aquellos extravíos y vicios que le conquistaron la triste reputacion que empaña hasta cierto punto sus glorias escénicas.

Carlos Kean ha sido por el contrario; en sociedad, un perfecto *gentleman*; en el círculo de la familia, un cariñosísimo esposo y padre modelo; en el orden político, un buen ciudadano, muy amante de las glorias de su país; en el teatro un leal y generoso camarada; como director de escena, el mas escrupuloso observador de los principios y reglas del arte y de la exactitud histórica; en el círculo de los negocios, un empresario exacto, fiel, puntual, de intachable reputacion mercantil. Así fué Kean, segun el juicio de sus contemporáneos pronunciando despues de su muerte, cuando han desaparecido ó mitigádose las pasiones y rivalidades que en vida pudieron condensarse en torno de su persona.

En la ejecucion de las obras del repertorio clásico M. Kean se tomaba un vivo y minucioso interés en todos los detalles y accesorios, para expresar plásticamente la verdad con fotográfica exactitud. No se contentaba con procurar que los personajes de las ficiones representadas expresasen las elocuentes pasiones de los maestros con el tono, el acento y la pureza de diction indispensables para causar impresion; necesitaba y buscaba algo mas para completar el efecto, y, apelando al arsenal de la historia y de la arqueología que poseia á fondo, presentaba los trajes, las ceremonias, las situaciones y el lugar de la escena con tan sorprendente propiedad, lujo y magnificencia que le valieron justo renombre como director y empresario del teatro de la *Princesa*. En el arte era escrupuloso y puritano hasta la nimiedad, y hacia que se estuviese en la escena, que se vistiera y se dijese de aquella manera que él se convenia lo habian concebido los autores.

Nació Carlos Kean en un pueblo de Irlanda hácia el año 1813. Despues del estudio de las primeras letras, fué colocado en el famoso colegio de Eton, del cual han salido en todos tiempos eminentes estadistas, teólogos y literatos honra y prez de la antigua Inglaterra.

Allí tuvo por condiscípulos y camaradas á hombres ilustres que han ocupado ó ocupan elevados puestos en el gobierno y en las cámaras de Inglaterra, que fueron sus buenos amigos y que no le olvidaron á través de las peripecias de sus varias fortunas. Tres años permaneció Kean en aquel aristocrático colegio, del cual fué sacado por su buena madre, cuando su familia, por efecto de las disipaciones y derrochamientos de su pa-

dre, se vió reducida á la miseria. Teniendo que proveer á su propia subsistencia y ayudar á su madre, Carlos Kean abordó la escena, cuando no tenia diez y seis años, en el papel de page en la tragedia *Douglasn*, de Home. No fué al principio recibido con mucho favor por el público, que le comparaba á él, el tímido principiante, con su padre y con otros actores de gran nota que ocupaban á la sazón la escena de su país.

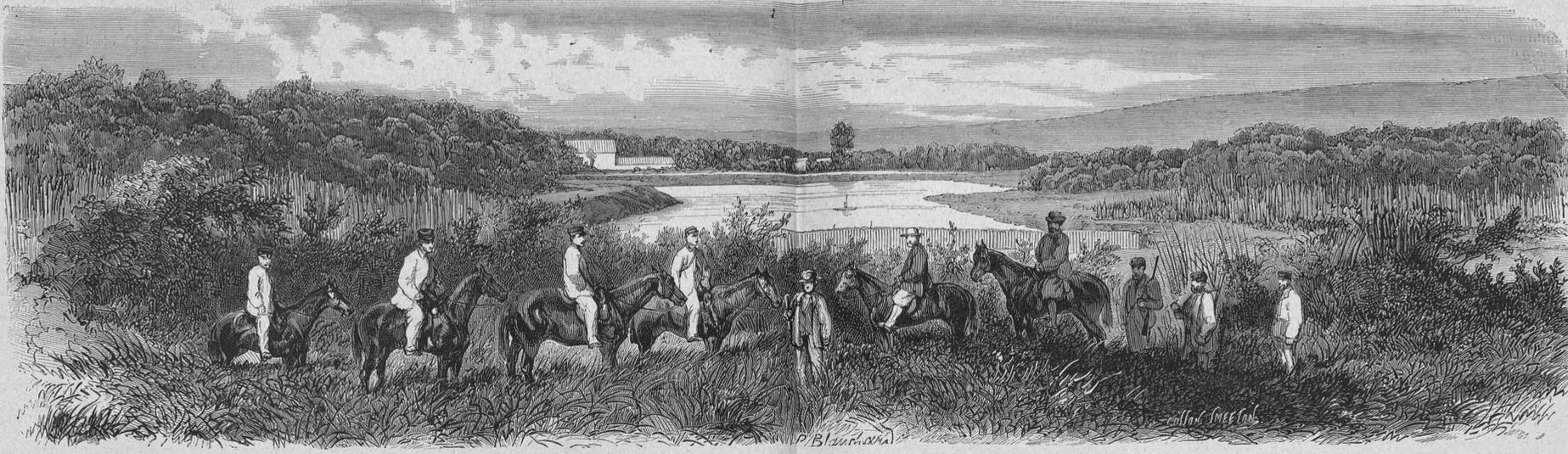
Carlos Kean, despues de la muerte de su padre, ocurrida en 1833, recorrió las provincias, en las que fué acogido con grandes aplausos, cosechando, aparte de ruidosas ovaciones, no despreciable suma de libras esterlinas. Pasó mas tarde á la América, y puede decirse que recorrió triunfalmente los Estados Unidos; revelando á aquella sociedad original y desprendida (que entonces no poseía los grandes actores que despues ha tenido) el repertorio de Shakespeare, de Byron, de Schiller y de Goethe. De esta primera campaña artística que duró algunos años trajo el joven y ganoso actor gratos recuerdos, eficaces estímulos y grandes provechos pecuniarios. Su talento dramático se habia elevado y fortalecido y habia juntado una fortuna mas que regular.

Volvió á su país, precedido del inmenso eco de sus triunfos en el nuevo mundo, y fué aclamado en el desempeño de los papeles de *Hamlet* y *Ricardo III*. Este último tipo, una de las mas gigantescas creaciones del genio de Shakespeare y de los mas difíciles de su repertorio, es el que consolidó la reputacion artística de Kean, hijo.

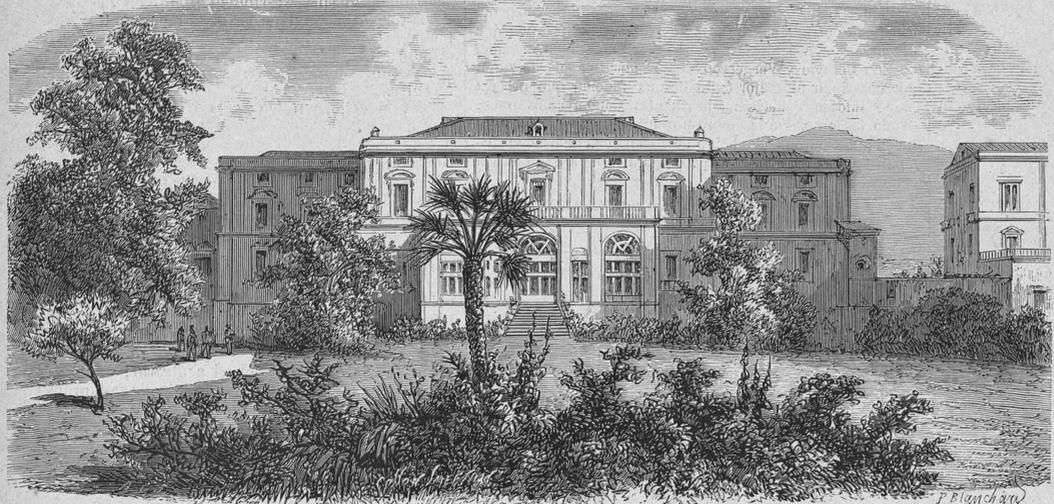
Kean tiene, entre otros relevantes títulos el reconocimiento de los amantes del arte en su mas excelsa produccion, el de haber popularizado en las provincias el repertorio de los grandes poetas y haber hecho sensibles á todo el mundo sus bellezas de primer orden y sus maravillosos arranques de genio.

Por tres veces visitó el nuevo mundo, siendo la última en 1850, en cuya época, acompañado de su mujer,

la escena se presentaba como un verdadero gran señor, siendo muy espontáneo, muy natural y desembarazado en su accion. Era un consumado maestro en el arte de la elocucion, que cultivó siempre con el preferente cuidado que consagran asi en Inglaterra como en los Estados Unidos á perfeccionar el modo de emitir y modular



Los sitios de las cazas reales en Italia. — Entrada de las aguas del mar en los pantanos de Licola.



El palacio de la Favorita.



Puesto para esperar al jabali en la selva de Licola.

tes recitando lúgubrememente los parlamentos extraños y enigmáticos de *Hamlet*, ó cuando despertaba sensaciones inefables, ecos apagados en las almas de sus espectadores, con la fuerte vibracion de las vírgenes é impetuosas pasiones del candoroso hijo del desierto en *Otello*; pero aseguran estaba dotado de una voz clara, hermosa, simpática, cuyas in-



Bosque de Portici. — Colocacion de las redes para recoger la caza.

tambien actriz, hizo un viaje artistico por todos los paises del mundo civilizado donde se habla la lengua de Bacon y de Milton, desde el Canadá hasta la Australia, desde Terranova hasta las islas de Vancouver, en cuya excursion literaria ganó mas de 10,000 libras.

Kean trabajó en Londres en diversas épocas, en los teatros de Drury Lane, de Haymarket (que recientemente ha quedado reducido á cenizas) de la *Princesa*, del cual fué empresario.

Sus últimas representaciones las dió en el teatro de Liverpool, en cuyo punto experimentó un nuevo y recio ataque de la mortal enfermedad que desde hace años le minaba sordamente, en circunstancias algo parecidas á las que rodearon á la muerte de su padre.

M. Ch. Kean era el cómico ordinario de la familia real de Inglaterra y dirigió varias representaciones en el palacio de Windsor. La reina Victoria significóle varias veces su aprecio, regalándole joyas de subido valor y de inestimable primor artistico. Hace pocos años tambien la aristocracia inglesa, entre la que figuraban varios de sus antiguos camaradas del colegio de Eton y su particular y eminente amigo M. Gladstone, que fué el promovedor de la suscripcion, le expresó su estima y admiracion ofreciéndole un preciosísimo objeto de arte de valor de mas de 2,000 libras esterlinas.

Era Kean, dicen sus biógrafos, y los que han hecho donosa y elocuentemente su retrato, de regular estatura, de hermosa y aventajada presencia, de modales nobles y distinguidos, su aspecto era esencialmente aristocrático y le hacia resaltar entre el vulgo de las gentes. Su educacion era lo mas acabada y perfecta: en

la palabra cuantos se delectan á hablar ó representar en público. Dicen algunos criticos que Carlos no poseía un órgano tan poderoso ni tan fenomenalmente docil y flexible como Edmundo Kean, cuando en los años de su incomparable apogeo transmitía cual un sacudimiento eléctrico el misterio de la duda sepulcral ó el horror de la desesperacion á sus oyen-

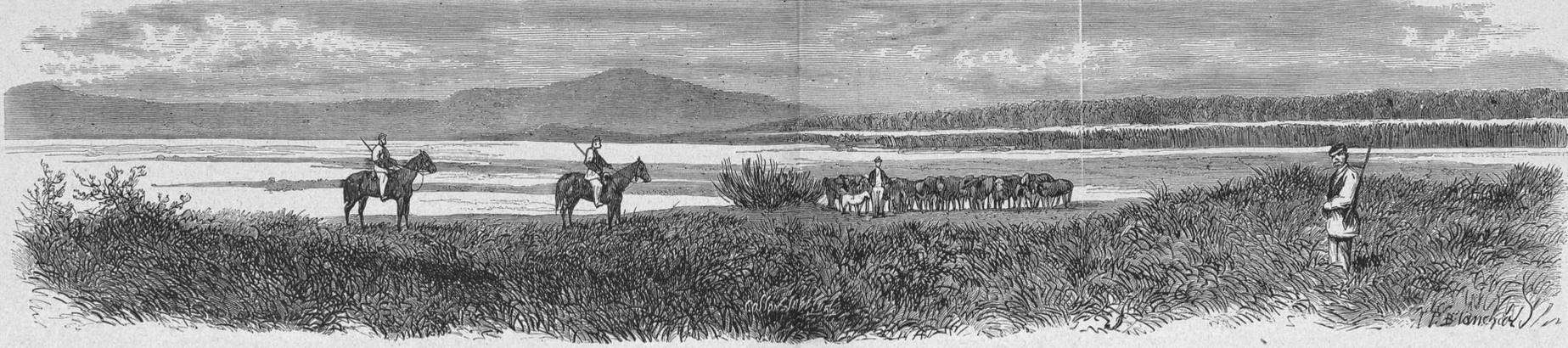
flexiones melódicas para expresar la pasion amorosa ó la ternura del cariño ó de la compasion commovian hondamente. Esto no obstante, en los pasajes de fuerza ó de pasion frenética desarrollaba un fuerte caudal de voz, desenvolvía una accion imponente y grandiosa, y hacia estremecer ó entusiasmarse al auditorio entero. Siendo

giones de aves viajeras ahuyentadas por el frio de las regiones setentrionales, venian á encontrar allí el término de sus emigraciones al abrigo de los vientos del Norte y ó la sombra de los naranjos.

En la edad media hasta la misma Roma tuvo por la cacería sus momentos de entusiasmo. Uno de los primeros libros que se escribieron sobre la caza salió del Sacro Colegio. Es un poema latino debido á la pluma del cardenal Castellini y dedicado al cardenal Ascanio. El cardenal Julio de la Rovere aceptó la dedicatoria de otro poema en cuatro cantos de Natalis Comes, sobre el mismo asunto. Finalmente, los prelados del concilio de Basilea sacaron en 1439 el papa Félix V de un convento de monges cazadores fundado por él en su retiro de Ripaille; cerca de Thonon. Antes de ser prior de un monasterio, Félix V habia sido duque de Saboya, y él fué quien instituyó el órden de caballería de San Mauricio, en honor de aquellos religiosos que mezclaban los cantos litúrgicos con las trompetas de la milicia.

A aquel entusiasmo de entonces, del que era partícipe Federico II, debió el reino de Nápoles la primera preparacion del coto reservado de Licola.

Su punto de reunion para los cazadores, de origen moderno, es muy sencillo. Mas parece una casa particular que una dependencia régia, y sin embargo, este distrito consagrado á la montería merecia algo mejor, pues es de una magnificencia extraordinaria. Extiéndese al pié del monte de Cumes, cerca de la antigua sibila y del terrible Averno, cuyos pantanos insalubres fueron convertidos en ricos viñedos. La belleza del sitio, de donde la vista abarca el Mediterráneo y las Islas volcá-



Pantano de Licola y monte de Cumes.

quizá el actor que con mas dulzura y verdad apasionada expresaba el amor, sobresalía en la grande escena de Otello y de Desdémona y en la tragedia *Hamlet*, cuando aquel tenebroso y misántropo ejecutor de la venganza, mata con frases abrasadoras el sencillo corazón de *Ofelia*.

Kean ha muerto, pero aun le quedan á Inglaterra actores y actrices eminentes que pueden blandir con majestuosa grandeza el punal de Melpómene ó cubrirse con la máscara de Talia, elocuentes é ilustres continuadores de los Shakespeare, los Malcready, los Sheridan, los Garricks, los Keruble, los Youngs, los Kean, que en todos los géneros se mantienen á la altura de estos maestros, perpetúan la reputacion y la gloria de la escena mas rica del mundo en grandes actores.

AGUSTO.

Los sitios de las cazas reales en Italia.

III.

La configuracion fisica de la Italia meridional indica que esta region debió ser un paraíso para los cazadores. Efectivamente, la cordillera del Apenino proyecta en toda su longitud grandes ramales que se prolongan hasta el mar y forman angostos valles regados en su centro por aguas fertilizadoras. En aquellas épocas en que se hacian menos desmontes que hoy se hacen, los ciervos, los gamos y las liebres erraban en toda libertad por esos asilos hospitalarios que les ofrecian refugios por todas partes; los jabalies frecuentaban las márgenes de sus pantanos, los lobos y los zorros elegían las profundas cañadas donde hallaban fáciles presas y le-

nicas surgiendo de sus olas, la proximidad de Nápoles, la abundancia y variedad de la caza, hacen del coto reservado de Licola una estancia predilecta de los príncipes y envidiada por todas las personas á quienes convidan para que tomen parte en sus placeres.

Aguas profundas, campos de brezos, pantanos que se pierden de vista y están abiertos á las olas marítimas, densos bosques, impenetrables malezas, luminosas plazas, todo se halla reunido en esta inmensa posesion, donde se conservan y propagan numerosas especies. Con toda habilidad se han establecido puestos de caza, y una vez que los guardas instalan en ellos á los cazadores y las jaurías comienzan su tarea, no hay mas que estarse quieto, y pronto se ve aparecer el jabalí, el venado, el zorro, el puerco-espín, etc., etc. Es el lujo cinegético elevado á su suprema potencia y á su postrer refinamiento.

Este sitio de caza, uno de los mas bellos é importantes que hay en el mundo, sufrió en 1860 la devastacion popular, y se ha necesitado despues toda la actividad, toda la solicitud del director de las cazas reales, el príncipe de Gesualdo, para que recobre su esplendor primitivo. El príncipe de Gesualdo, le ha vuelto á poblar de caza mayor y menor, y ha protegido sus inmediaciones por una fuerte empalizada y un foso suficiente para detener á los cazadores furtivos. Estas mejoras no han sido estériles, puesto que en cuatro cacerías, dirigidas en 1866 en Licola por el príncipe Humberto, se mataron dos mil piezas entre aves y cuadrúpedos.

Cárlos III y su hijo Fernando IV tenían una gran predileccion por este sitio de caza. En un registro especial llevaban cuenta de todos los accidentes ocurridos en sus campañas cinegéticas. Cuando Cárlos III cedió la soberanía de las Dos Sicilias á Fernando IV para subir al trono de España, estos dos soberanos se despachaban correos de gabinete, y jamás en la cartera se olvidaba el extracto exacto del registro de caza de España, y de las Dos Sicilias. Posteriormente les dividieron las disensiones políticas y cesaron de escribirse; hasta se abstuvieron de toda relacion afectuosa, pero la correspondencia de caza nada perdió y los correos de gabinete continuaron trayendo y llevando los extractos.

No hay viajero que al subir al Vesubio no haya observado en las grietas de los volcanizados flancos del monte, y á pocos pasos de Herculano, el palacio real de Portici, construccion original y pintoresca sumergida entre la verdura y que parece haber sido traida del reino de las hadas sobre los torrentes de lava fria. Es otra creacion de Cárlos III que multiplicaba sus palacios á fin de multiplicar su caza.

Habia allí un vasto coto que encerraba trescientos jabalíes, una faisanería, liebres con profusion, perdices y mirlos. En ese sitio se cazaba con redes. La lista civil del rey de Italia no es bastante opulenta para atender á tan cuantiosos gastos en el capitulo de la caza, y los jabalíes han sido trasladados á los bosques de Licola y de Astroni.

Como el palacio de Portici, el de la Favorita, una de las mas bonitas villas de la campiña de Nápoles, solo por el recuerdo pertenece ya á los sitios de cazas reales.

El príncipe de Salerno, su antiguo dueño, dispuso en él un recinto de caza comparable con el arca de Noé. Compraba toda clase de caza de pelo y de pluma, y en un dia dado confundian todas estas víctimas predestinadas en una sola y grande catástrofe.

Esta doble reduccion en los sitios reales de caza, no impide que la corona de Italia continúe siendo una de las mas ricas en establecimientos cinegéticos que hay en Europa.

F. DE L.

El Canario.

(Conclusion.)

— Pues haz cuanto esté á tu alcance por hallar á ese jóven, le respondió Enrique. Quizá nos suministre algun indicio favorable.

Ricardo tardó en volver un largo rato, que Enrique y su hija pasaron en la mayor inquietud.

— ¡A qué extremidad se habrán visto reducidos, dijo Enrique, cuando han tenido que recurrir á vender este pajarito! ¡Quizá se hayan muerto ya, y esta sea la única memoria que de ellos nos quede!

Ricardo volvió por fin con el tirolés sin haber podido descubrir nada que pudiese indicarles el paradero de la señora de Erlau y su hijo. Aquel lo habia comprado á un pastor que apacientaba ganado en el Tirol, y el nombre de la señora le era enteramente desconocido. Pero á las repetidas preguntas de Enrique, el jóven tirolés vino á decir que habia en su pais una mujer y un niño tales como él le explicaba, y que era muy posible que hubiera sido de ellos aquel canario.

Dijo que todos los domingos veía á esta mujer en la iglesia, y que habia encontrado varias veces al niño, viviendo de la casa del cura, donde iba á tomar leccion, figurándose que ya debia estar muy adelantado, porque llevaba siempre á la espalda un grueso paquete de libros atados con una correa.

El jóven tirolés pintó con tal exactitud el porte y las facciones de la señora de Erlau y de su hijo Cárlos, que todos exclamaron trasportados de alegría:

— ¡Son ellos, sí; son ellos!

Y dieron gracias á Dios por los medios maravillosos de que se habia servido para revelarles el paradero de los que tanto tiempo andaban buscando.

El caballero de Erlau se enteró con el mayor cuidado del lugar en donde vivia su mujer y del camino que conducia á él, y dió al jóven tirolés, que no volvia en sí de asombro, un doble thaler (1), para recompensarle por las buenas noticias que les habia traido.

Procedióse en seguida á los preparativos del viaje. Enrique habia olvidado en aquel momento su enfermedad, y la alegría que experimentó con las noticias del jóven tirolés contribuyeron mas á su restablecimiento que los cuidados del mejor médico. Lina ayudó á su padre á empacar su equipaje, y Ricardo se puso á habilitar el carruaje, habiendo recobrado otra vez su caballo que un posadero del pueblo le habia mantenido por largo tiempo sin retribucion alguna, aunque con la facultad de servirse de él para su uso. A la mañana siguiente muy temprano salieron en direccion al Tirol; y no olvidaron llevar consigo al canario. Colgaronlo en uno de los arcos de madera que sostenian el toldo del carrito, y el placer de oír de cuando en cuando su cancion favorita, hacia parecer mas corto el tiempo á los desasosegados viajeros.

VI.

Enrique y sus compañeros de viaje llegaron felizmente en su modesto carruaje á la aldea en cuya parroquia estaba situada la cabaña de la Roca-negra. El caballero de Erlau se dirigió desde luego á la casa del cura, y este le confirmó en todo lo que el jóven tirolés le habia dicho. Su mujer y su hijo vivian aun; pero hoy dia, le añadió el buen pastor, aquella se consume en el mas profundo dolor; cree á su esposo ya muerto, y esta idea ha cerrado enteramente su corazon á toda esperanza de felicidad. Ahora acaba de salir de una larga enfermedad que le ha producido su desesperacion y su disgusto; pero su convalecencia será lenta y penosa.

El caballero de Erlau le preguntó entonces cómo habia llegado á sus oídos esta fatal nueva. El cura fué á buscar un paquete de periódicos, tomó uno y se le dió para que lo leyera.

Enrique vió, con efecto, por sus propios ojos que el periódico tenia la fecha del dia en que él debia ser ajusticiado. Y aunque este hecho le sorprendió á primera vista, no tardó en explicárselo de una manera satisfactoria. En esta época de confusion y de desorden no tenia nada de extraño una irregularidad semejante. Por lo mismo creyó ó que se habrian olvidado de borrar su nombre de la lista de los ajusticiados, ó que no habrian querido hacerlo sin duda porque, suponiéndole muerto, no se sospechase habia huido de su prision.

El caballero de Erlau sintió en su alma el mas vivo dolor al considerar que esta falsa noticia habia sido la causa de la desesperacion de su esposa, y que podia quizá originar su muerte; y encargó al cura por lo mismo que se valiese de los medios que juzgase mas á propósito para informarla de la salvacion y de la vuelta de su marido. Convino con el caballero de Erlau en lo que debian hacer al efecto, y todos tomaron juntos el camino de la Roca-negra, no obstante lo avanzado de la hora y el mal tiempo que hacia.

En todo el dia no habia cesado de llover, y ya comenzaba á nevar con abundancia, porque en este pais se anticipa mucho el invierno. Sin embargo, bien pronto llegaron á la cima de la montaña y desde allí descubrieron en el fondo del valle los techos cubiertos de nieve de algunas cabañas que componian aquel miserable lugar. Sentáronse á descansar un momento sobre una roca resguardada por algunos árboles, cuyas ramas pobladas de hojas é inclinadas á manera de un toldo ponian aquel sitio á cubierto del agua y de los vientos. Ricardo solo se dirigió hácia la cabaña que el buen cura le habia señalado desde allí.

La señora de Erlau, vestida con su traje de luto estaba sentada en aquel momento junto á la chimenea, cuyo fuego comenzaba á iluminar la habitacion, falta ya de la luz del dia. Ocupábase en bordar, y Cárlos leía á su lado en alta voz. Al ver á su fiel Ricardo con los cabellos cubiertos de nieve, dió un grito horroroso, y el bordado se le cayó de las manos. Corrió precipitadamente hácia él, bañados sus ojos en lágrimas de alegría y de dolor, y le recibió con tanto cariño como si hubiese vuelto á ver á su mismo padre. Cárlos tampoco acertaba á volver en sí de sorpresa, y ambos hicieron sentar á Ricardo en una silla de madera que su hijo habia acercado á la chimenea.

— ¡Ah, Ricardo! exclamó cuando le vió ya sentado junto al fuego; quién me hubiera dicho que habiamos de volver á vernos en tan triste situacion. ¡Ah! déjame que guarde un profundo silencio sobre la muerte del mejor de los hombres, porque este recuerdo es demasiado penoso para mí. ¿Y Lina? Habrá muerto, la pobre niña, como el médico le predijo... ¡Quizá su gracioso semblante no es ya á estas horas mas que polvo y cenizas!

Ricardo le respondió que el médico le habia dado como segura la muerte de su hija por decidirla mas fácilmente á que se alejase de un pais donde su vida estaba en el mayor peligro; pero que Lina no habia tardado mucho en restablecerse, y sus mejillas estaban cada dia mas frescas y sonrosadas. La pobre madre no pudo contener su alegría.

(1) Cerca de seis francos.

— Pero ¿por qué no la has traido contigo? le dijo fijando en él una triste mirada: ¿por qué no la has sacado de aquella desgraciada tierra, en donde no se puede contar una hora de existencia? ¿Cómo has podido ponerte en camino sin ella, y no la has traido?...

No pudo decir mas porque la puerta de su cuarto se abrió de repente y Lina vino á precipitarse en sus brazos. Cárlos se abrazó tambien á ella y á su madre; y no hubo lágrimas mas dulces que las que derramó esta madre feliz al estrechar de nuevo contra su seno á sus dos hijos queridos.

Pero la tristeza no tardó en venir á interrumpir aquellos momentos de alegría.

— ¡Oh! ¿por qué has dejado tú de existir, mi buen Enrique? dijo levantando al cielo sus ojos humedecidos de lágrimas. ¡Cuán completa seria en este momento mi felicidad si tú vivieses! Sí, mis queridos hijos, vosotros no sois hoy sino unos pobres huérfanos, y vuestra presencia misma llena de dolor el corazon de vuestra desgraciada madre; porque ¿qué podrá hacer por vosotros en el mundo una pobre viuda sin un amigo ni una persona que la ayude con sus consejos?

Ricardo empezó entonces á prepararla poco á poco para la grata noticia que debia darle, y felizmente la halló mas tranquila de lo que habia esperado. El placer de ver á su antiguo y fiel servidor Ricardo, y el mas grande todavía de estrechar entre sus brazos á su hija querida, la habian ido preparando poco á poco y sin violencia para poder ver sin peligro al esposo que creia ya muerto. El caballero de Erlau, trémulo y agitado, estaba ya hacia largo rato á la puerta de la cabaña escuchando desde allí cuanto en ella pasaba.

Apenas la señora de Erlau llegó á comprender por las palabras de Ricardo que su marido vivia aun, exclamó con el acento de la mas viva alegría:

— ¡El vive! ¡Oh, Dios sea mil veces bendecido por haberlo arrancado de las manos de sus verdugos! ¡El no debe estar lejos de aquí, corramos, hijos míos, corramos á abrazar á nuestro padre!

En este momento abrió la puerta violentamente el caballero de Erlau y se precipitó en los brazos de su esposa: esta, que le habia creído muerto hasta aquel instante, y que le veía de repente vivo y en su presencia, experimentó al verle una emocion terrible.

Asustada y trémula como si temiese que no era su esposo el que veía, le miraba fijamente sin poder articular una sola palabra que expresase el colmo de su alegría y de su felicidad; por fin, rompiendo el silencio, exclamó:

— ¡Oh, qué dicha tan grande nos espera allá en el cielo, cuando volvamos á ver tantos seres queridos cuya muerte lloramos hoy sobre la tierra!

El caballero de Erlau, su mujer, Cárlos y Lina, el venerable cura y el fiel Ricardo pasaron junto al fuego una noche deliciosa; el viejo tirolés y su esposa tambien tomaron una parte muy activa en esta dichosa reunion.

Algunos dias despues llegó á la cabaña un nuevo huésped, que era el que despues de Dios habia contribuido mas á la reunion de esta dichosa familia. Era este el canario, que Ricardo habia dejado en casa del pastor, y que durante la enfermedad de la señora de Erlau se habia escapado una mañana que halló una ventana abierta.

Cárlos, que no habia vuelto á saber de él despues de su escapada, se alegró extraordinariamente al verlo; y el caballero de Erlau contó entonces á su mujer la manera como el pajarito les habia hecho descubrir el lugar de su retiro: y esta al oír los detalles de tan maravilloso encuentro, elevó sus ojos al cielo, juntado sus manos y exclamando:

— ¡Oh Dios clemente! tú eres quien has dispuesto esta feliz reunion; tú te has valido de este mensajero para dar á conocer á mi marido el oscuro rincon del universo en que yo pasaba una triste existencia. Si el pájaro no se hubiese escapado, yo hubiera pasado todo este invierno sumergida en el mas profundo dolor.

Cárlos unió sus acciones de gracias á las de su piadosa madre.

— ¿No es cierto, le dijo, que tuve yo una feliz idea enseñándole este cantar? Y lo que ciertamente yo no esperaba cuando me desesperaba tanto por su pérdida, es que Dios me lo hubiese quitado para restituirmelo con él á mi padre y á mi hermana. Esto me enseña que de una pequeña desgracia puede Dios hacer nacer una gran felicidad.

— Tienes razon, mi buen Cárlos, le dijo su padre. Así Dios nos ha despojado ahora de nuestros bienes temporales para proporcionarnos otros mas preciosos. Su pérdida nos hará mas virtuosos; y ¿qué son los honores y las riquezas comparadas con la virtud? Ella sola tiene un valor eterno é inestimable. Quizá algun dia nos restituirá Dios lo que hemos perdido como te ha vuelto á tí tu lindo canario.

El pastor á quien Cárlos habia encargado que buscase y le trajese el pájaro que se le habia escapado, lo vendió en vez de devolvérselo. Confundido se quedó al ver como este pájaro, á tantas millas de distancia y en otro pais, habia declarado el robo de que él se habia hecho culpable.

— Yo no volveré á hacer jamás una mala accion, dijo este pobre muchacho, porque veo que, por mas que oculte una falta, viene siempre á descubrirse de alguna manera.

El caballero de Erlau se decidió á pasar el invierno en la humilde cabaña del tirolés. Ricardo se colocó en una de las cabañas vecinas, y el canario recobró su antiguo puesto. Lina le cuidaba con mucho esmero; y á

pesar de lo crudo de la estacion, siempre procuró que nada le faltase. Muchas veces cuando en alguno de los hermosos dias del invierno se reunia toda la familia en el cuarto que daba vista á la campiña, mirando aquellos alrededores cubiertos de nieve, el pajarito se ponía á cantar aquel aire que tanto les agradaba:

Yo no perderé el valor
Ni en la misma adversidad;
Porque á tí, Dios de bondad,
Tributo mi puro amor.

Entonces toda la familia cantaba en coro el romance entero, y encontraban en ella un consuelo inexplicable. Así, en medio de las penas y privaciones que experimentaron aun en lo sucesivo, tenían siempre el mayor placer en escuchar este aire, sobre todo cuando el pajarito lo concluía con algun gracioso trino.

— Confíemos, decían, en la bondad del que se ha servido de este pajarito tan pequeño y tan inocente para reunirnos de una manera tan milagrosa. El que cuenta con tantos medios para consolar los afligidos, y que hasta aquí nos ha protegido de una manera tan visible, no dejará de socorrernos en todas nuestras necesidades.

— Sí, sí, repetía el viejo Ricardo, yo también lo creo así. Mirad aquellos pajaritos que están allá abajo muertos de frío, en medio de una espesa nieve. Ellos no siembran, ni recogen, ni tienen graneros para encerrar sus provisiones, y sin embargo tienen en el cielo un padre que los sustenta. ¿Y seréis menos vosotros á los ojos del Todopoderoso? Cuando miro á este pajarito se graban mas y mas en mi corazón estos santos sentimientos; cuando le oigo cantar, me encuentro mas esperanzado, por contrarios que sean los acontecimientos y por difícil que nos parezca volver á parecer en el mundo; porque no puede olvidarse de nosotros el que tiene cuidado de un simple pajarillo.

Esta familia pasó aun, durante mucho tiempo, una vida muy penosa. Pero por fin llegó el momento en que pudo volver á su patria y entrar en posesion de todos sus bienes. Cuando recobraron su fortuna fué su primer cuidado el de aliviar las desgracias de todos sus amigos que habian caído en ella y recompensar espléndidamente al buen Ricardo, su mujer y su hijo, el anciano pescador, y todos los demás que habian contribuido á hacerles algun bien, y á dulcificar las amarguras de su largo destierro.

SHMIT.

La música religiosa.

I.

El sentimiento de lo bello está impreso en nuestro ser tal cual lo ha creado Dios en la naturaleza. Así, aun cuando un objeto natural ó artificial se presentá á nuestra vista revestido con las señales de la mas perfecta hermosura, si bien por de pronto nos encanta, este encanto desaparece desde el momento en que fijando la atencion en él, nuestra imaginacion nos dice: Bonito es, pero le falta algo para ser bello.

Leamos el tratado de estética de M. Carlos Leveque, y en él encontraremos las cualidades que debe reunir un objeto para ser perfectamente bello.

El citado autor trata la belleza natural y artificial con gran maestría, sobre todo la música, en lo que se muestra consumado compositor.

Segun él, la música no se debe emplear en imitar la naturaleza, porque si para la pintura es bastante difícil, para la música es imposible, y por lo tanto ridiculo el emprenderlo. La música, como la poesia, solo debe expresar las pasiones y los sentimientos humanos, cuya obra ha dado bastante que hacer á todos los sabios pasados y presentes, y continuará siendo la grande obra de los venideros.

Sentado este principio, la música es susceptible de tomar todos los caracteres que le impriman las pasiones de los hombres, y á esta clase de música se le da el nombre de *dramática*, porque ella los manifiesta con la mayor violencia y exaltacion.

¿Será bueno emplear esta música *volcánica*, permítaseme la expresion, para cantar las glorias de Dios en su templo? ¿Deberán las pasiones humanas penetrar en la *Casa de la Oracion*?

La música religiosa debe ser la música del sentimiento, la música que eleve á Dios, y no la música que la arrastra por el lodazal inmundo de las pasiones.

En el templo de Dios, todo debe respirar la calma y la tranquilidad de las almas justas. En la iglesia no se deben manifestar mas que tres sentimientos: amor, gratitud y temor, y esto sin violencia, sin arrebatos, sin desesperacion.

Por lo mismo, esa música de *sacudidas*, de *empujes*, de *gorgeos*, de *violencia*, de *lánguidos acentos*, de *desmayos*, etc., etc., es tan impropia para el lugar sagrado como lo sería un baile en un entierro.

Entre las varias preguntas sobre la música religiosa discutidas en el Congreso de Malinas, encontramos esta:

«¿Por qué causas el pueblo ha cesado de cantar en las iglesias, y por qué medios se podría obligarle á un uso que ha sido por mucho tiempo universal en la Iglesia?»

La contestacion es fácil.

El pueblo no canta, porque el clero no le da ejemplo, porque este ha *demonétisé*, pásesenos la palabra, el canto litúrgico al confiarle, como un fardo incómodo, á los asalariados; porque la introduccion de la música, venida fatalmente tras la introduccion del órgano y del contrapunto, coloca á los chantres como un grupo especial, al que no pueden mezclarse de modo alguno las masas; porque habiéndose admitido el arte músico en principio, aquellos de entre los fieles que no están iniciados, se retiran y oran en silencio, y aquellos que tienen algunas pretensiones aspiran á brillar individualmente, no solo en la capilla, sino en los conciertos y hasta en el teatro, de lo que se ven ejemplos numerosos.

Uno de los miembros de este mismo congreso de Malinas, donde por tan largo tiempo se han ocupado del arte religioso, despues de haber hecho una crítica muy severa de la música religiosa moderna, propuso como una especie de dogma la afirmacion siguiente:

Si un dia se nos da música religiosa, verdaderamente religiosa, estoy pronto á adoptarla. Pero es preciso que sea conforme con la santidad del lugar y la dignidad de la Iglesia.

Ignoro lo que se contestó á esta proposicion tan absoluta; pero me parece que se hubiera podido preguntar quién tiene la autoridad suficiente para decidir en este asunto.

¿Dónde está el *criterium* para distinguir en música lo que es religioso y lo que es profano?

¿En dónde? ¿En la estética? Esta ciencia les dirá á los que quieran saberlo de qué modo se ora, de qué modo se implora la gracia de Dios, de qué modo se le pide perdon. La estética les dirá la diferencia que hay entre el amar á Dios y amar á una mujer, entre rogar á Dios y suplicar á un rey, á un grande, á un juez de la tierra, etc.

También les hará ver que estos sentimientos son los mismos ahora que en los siglos pasados, lo mismo en Italia que en Bélgica, sin que el *criterium* se haya modificado ni se pueda modificar en parte alguna.

Dice el señor obispo de Gante que se murmura contra las misas de Mercadante; ¿es que no ha oído otras del señor obispo? Pues que venga á España, y oirá *las de Bellini*; digo las de Bellini, porque las hay compuestas de las mejores piezas de *Norma*; y otras y otras de maestros de gran reputacion, y lo mas extraordinario aun, sacerdotes, cuya música es tan apasionada y dramática como la de los *Hugonotes*, *Guillermo Tell* y otras óperas.

Toda la *religiosidad* de una misa en música no puede consistir sino en la sustitucion de las palabras del oficio al libretto de una ópera. Añadamos «á esto ciertas formas escolásticas en la contestura de las piezas y en el modo de orquestarlas. Pero estas formas no pueden constituir una demarcacion suficiente entre dos cosas que debieran ser tan diferentes.»

O yo soy muy torpe, ó el autor del anterior párrafo no se explica con bastante claridad.

Que toda la *religiosidad* de una misa consista en la sustitucion de las palabras, es, en mi concepto, un error muy grave; la Iglesia no admite máscaras, la Iglesia no puede permitir que la música sea lo que un loco dice: *En vano un dios rival se opone á mi amor*. Sirva para decir: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*.

En la Iglesia todo debe ser diferente de lo que se hace en el mundo.

El amor es profundo, el respeto es digno, el temor es grande; pero la manifestacion de estos sentimientos es suave, elevada, serena, intensa y armoniosa como un concierto de ángeles.

La iglesia no es una sala de concierto. El santo sacrificio de la misa no ha sido instituido para recrear los sentidos. Convento en ello, por lo mismo no es bastante la sustitucion de las palabras, es necesario que la música tenga un carácter especial que la distinga de la música de concierto. Esta música es el *canto llano*, único que debiera servir de base para las composiciones armónicas admitidas por la Iglesia. Y cuando en algunos cánticos no pudiese el autor fundar su armonía en el canto llano, este debiera inspirarse en él, y no ir á los teatros á buscar armonías y melodías de violentas pasiones para reproducirlas en la iglesia.

Supongamos por un momento que en las iglesias no se canten mas que composiciones dignas de tan sagrado lugar: faltaría aun que su ejecucion lo sea también.

Por mi parte, puedo decir que bien á menudo salgo de las iglesias por no oír cantar con ese estilo afectado, sacudido, violento, y con esos empujes, desmayos, languideces, saltos, *cadenze*, gritos desesperados. pues si la iglesia no es una sala de concierto, ¿por qué se emplea ese estilo teatral y dramático?

No ha muchos años que un señor arzobispo prohibió que en su diócesis se cantase en castellano. De este modo, obligando á los músicos á cantar en latin, era obligarles también á no cantar mas que las obras clásicas y verdaderamente religiosas de los que se inspiraban en la iglesia y no en los teatros.

II.

En mi anterior capítulo dije que el verdadero canto religioso es el canto llano, porque es el único que reúne toda la majestad y grandeza de que está lleno el templo de Dios. Así lo consideró el autor del *Tratado de lo bello* en las siguientes palabras:

«Principiemos por examinar la música religiosa, y sin perder el tiempo en curiosidades históricas, fijemos nuestra atencion en esos bellos cantos de nuestras iglesias católicas, cuyos autores no se conocen con certeza, pero que no por eso dejan de hacer sentir á cuantos los oyen un encanto tan sencillo como austero é indecible. Todos los que vamos á citar expresan el mas vivo afecto del sentimiento religioso con singular energía. La mayor parte de ellos no tienen ni ritmo ni compás: las palabras son una especie de prosa dividida en versículos bastante cortos y á menudo desiguales; por eso se ven despojados de una notable parte del poder y brillo musical. No obstante, es tal la poesia de una nota de la voz humana lanzada por el sentimiento religioso lleno de ardor y de fe, que esto solo da á esas melodías una belleza incomparable. La libertad con que se canta el canto llano permite á los fieles el apoyar á voluntad la nota y la palabra que mas toca sus corazones: hemos oído varias veces á algunos niños sin cultura alguna sacar tales efectos de estos temas, que el arte mas consumado vanamente hubiese querido reproducir.

Las primeras notas del *Magnificat* son un verdadero grito lanzado hácia Dios, á quien María quiere glorificar. En el segundo versículo que principia por el *Exultavit Spiritus meus*, una inspiracion inefable ha puesto en la primera sílaba de *Spiritus* el sonido mas agudo, y en el que el alma se exhala toda entera; los mas tibios se inflaman al oír estos acentos de triunfo, y sus bocas arden en deseos de repetirlos. Aun sale mas arrebatador de todos los pechos á la vez el *Laudate Dominum*. Esto es un irresistible grito de entusiasmo, al cual ningún asistente puede dejar de unir su voz. Si un músico contemporáneo inventase esas dos notas, se le declararía inmortal; así las ha marcado el genio con su sello.

(Se continuará.)

La casa de locos

LLAMADA ASILO SANTA ANA EN PARIS.

El número de los locos se aumenta de un modo considerable, y si la progresion sigue las proporciones observadas en estos últimos años, se puede prever el dia en que la razon y la demencia se disputarán el terreno con armas iguales. Sin embargo, tranquilícese la gente sensata, cierta de vencer siempre, pues lo que falta esencialmente al loco es el sentimiento de la accion colectiva. Los desdichados que han perdido las facultades mentales descienden á la esfera de la bestia; con raras excepciones, no son mas que seres aislados, en la creacion, y sea cual fuere su número, jamás se llamarán legion.

Segun dicen los hombres especiales, el trastorno general de las facultades intelectuales debe atribuirse á las ambiciones desmesuradas de nuestra época. La vida ha llegado á ser demasiado militante para nuestros pobres cerebros, y no es porque falte la inteligencia, que por el contrario, sobra. Allí donde abundan las capacidades los empleos escasean; la abundancia trae la lucha, y de aquí las decepciones, la miseria y la locura.

Paris que se llama centro de todas las luces, objetivo de todos los ambiciosos, se eleva por derecho á la categoría de capital de la enajenacion mental. En vano la administración envía á sus departamentos respectivos á los provincianos que han venido á dejar su razon en Paris: Bicetre, Charenton, la Salpêtrière y todos los asilos privados no bastan ya para encerrar á los parisienses que pierden la cabeza.

Hé aquí un nuevo asilo abierto apenas hace medio año y ya las seiscientas camas que contiene han encontrado huéspedes, sin que de ello se resientan las demás casas de su mismo género. Así es que muy luego se abrirán nuevos hospicios de dementes en Ville-Ebrard y en Vauluse, cerca de Paris.

El asilo Santa Ana es obra personal de M. Haussmann y de su excelente colaborador M. Girard, de Cailleux, inspector de los locos del Sena: es la realizacion de un proyecto concebido hace largo tiempo.

El prefecto del Sena ha querido que su Paris-Modelo tuviese un asilo modelo, y á juzgar por sus disposiciones interiores, la nueva casa de locos se halla á la altura de las pretensiones de su fundador; ahora en cuanto á lo que cuesta es un secreto para nosotros; si le conociéramos nos sería fácil decir si el tanto por persona no excede lo que puede y debe hacerse, teniendo en cuenta el aumento incesante de los casos.

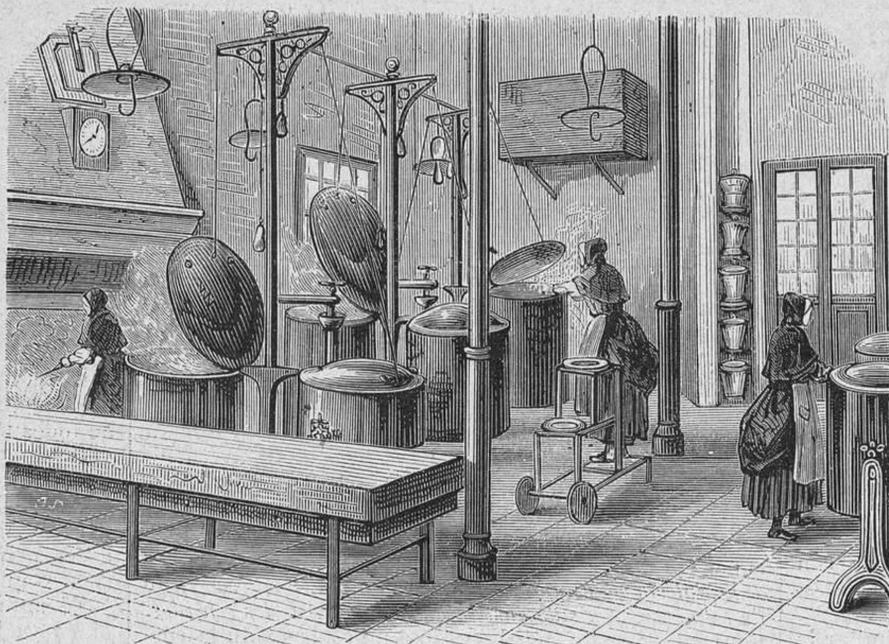
El asilo Santa Ana se halla situado á la izquierda de la estacion del ferro-carril de Sceaux y su entrada principal está al extremo de la calle Terrus, ocupando el lugar de una antigua granja en donde los locos de carácter pacífico de Bicetre se entregaban á las faenas agrícolas. La vista que publicamos está tomada de las alturas del ferro-carril de circunvalacion que prolonga y domina el establecimiento. Su aspecto general es muy armonioso: las diferentes construcciones dispuestas con simetría tienen la bonita apariencia del estilo italiano moderno, y reunidas entre sí por paseos cubiertos circunscriben planos de verdura en los que se destacan árboles plantados recientemente. Nada aquí tiene la apariencia fria y lúgubre de la cárcel como en otros establecimientos de esta especie, el aire y la luz circulan sin obstáculos. Todo está aseado hasta con extremo, de modo que ni la vista ni el olfato pueden recibir ninguna impresion desagradable.



PARIS. — El Asilo Santa Ana, vista general del establecimiento.

Los cuerpos destinados á las habitaciones del personal medical y administrativo se encuentran cerca de la entrada principal, y el asilo se halla dividido en dos partes de igual capacidad y distribución, destinadas á un número igual de locos de ambos sexos.

Una de las curiosidades de la casa es la cocina. La cocción de los alimentos se opera al vapor, y el generador instalado en las cuevas alimenta de agua caliente todo el establecimiento. El cocido se hace en enormes marmitas de hierro fundido forradas de cobre y divididas en dos compartimientos sobrepuestos, uno para el vapor y otro para los víveres. Cada marmita obra aisladamente, y una llave especial la distribuye el vapor. Las hay de todas dimensiones, y en algunas podría caber un hombre corpulento, en tanto que hay otras tan pequeñas que solo sirven para hacer tortillas. Gargantua vería con satisfacción esas enormes tapas que, sin embargo, levanta un niño fácilmente, gracias al contrapeso de que están provistas. El cocinero principal debe ser un tanto mecánico, pues las salsas no absorben toda su atención, sino



La cocina.

que muy á menudo tiene que atender al manómetro colocado en la sala.

El lavadero no ofrece nada de particular; se lava en vastas pilas de piedra, en cuyo derredor trabajan unas treinta mujeres, la mayor parte de ellas del asilo. Para secar la ropa la meten en armarios de hierro donde hacen circular una corriente de aire calentado; la ropa colgada en varillas de hierro movibles no necesita estar aquí mas de diez minutos.

La lencería llena de armarios de madera no tiene tan buen aspecto como la de Bicetre. Las servilletas y los pañuelos se hallan puestos de modo que describen piadosos dibujos, en lo cual se reconoce la mano de las excelentes hermanas de San José que hacen tantos servicios en los hospitales.

Ya hemos dicho que el asilo Santa Ana podía recibir seiscientas personas, trescientos hombres y trescientas mujeres; la distribución de las construcciones es la misma en los dos servicios, que no tienen nada de comun entre sí. La capilla une los edificios, y está dispuesta de modo que los enfermos de sexos di-



El lavadero.



La lencería.

ferentes apenas pueden distinguirse. El interior de un aspecto sencillo y sin severidad, figura una cruz latina cuya barra transversal está ocupada por el altar, el púlpito, el órgano y los puestos destinados al personal del establecimiento, y así la nave se halla repartida en dos partes iguales de las cuales la una comunica con el compartimiento de los hombres y la otra con el de las mujeres.

El servicio medical comprende dos médicos mayores, uno para cada edificio, dos internos de medicina y otros dos de farmacia, bajo la dirección de M. Girard de Cailleux, inspector de las casas de locos del Sena. Hay además dos facultativos especialmente destinados á la repartición de los locos en los diversos asilos públicos del departamento. Antes de la creación del asilo Santa Ana, la repartición se hacia en la prefectura de policía. Un médico elegido para este fin examinaba los individuos presentados por la policía ó por las familias, se declaraba sobre su estado mental y los enviaba á Bicetre ó á la Salpêtrière, si encontraba motivos fundados para ello. Al otro día á la hora de la visita, los médicos de los establecimientos indicados, examinaban á su vez con el mayor cuidado á los recién venidos y les admitían si su estado de enajenación les parecia confirmado en aquel exámen. Actualmente los locos reconocidos como tales por el médico de la prefectura, son trasladados al asilo Santa Ana para quedarse en el establecimiento ó para ser enviados á otros asilos por los facultativos repartidores. El movimiento de entrada asciende á unos cinco mil individuos por año solo en el departamento del Sena, que está muy lejos de poder admitirlos á todos en sus asilos, pues en efecto la Salpêtrière y Bicetre no contienen mas de 2,200 camas y Santa Ana 600; y aun reuniendo las 1,200 camas que pronto habrá disponibles en Ville-Evrard y Vaucluse, no se pasa entre todo de 4,000, por lo cual habrá siempre que enviar unos 1,000 locos á los asilos de provincias.



El Asilo Santa Ana. — Patio principal. Edificios de los servicios generales.

vigorosamente con la fría razón. Basta visitar una casa de estas para convencerse de que no todos los locos son energúmenos que vociferan y gesticulan sin parar un segundo. Por el contrario, las mas veces el loco entregado á la idea falsa que le devora se está quieto en un rincón ó se pasea durante todo el día; en este caso se muestra prodigiosa la fuerza natural: el sentimiento del cansancio no existe en el paseante.

El loco furioso no constituye un tipo, una especie separada; la locura furiosa es generalmente un estado pasajero, accidental, al que están sujetos todos los locos aun los mas pacíficos.

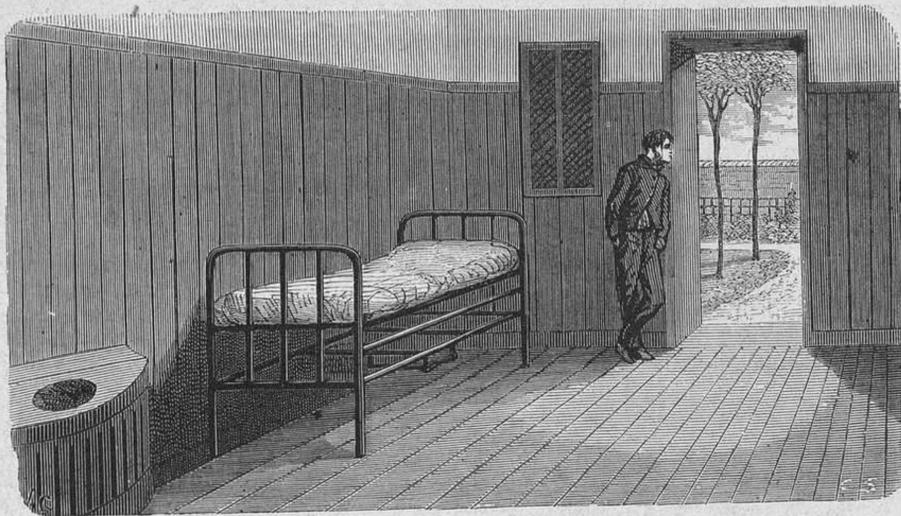
Cómo todas las crisis, estas son esencialmente

de corta duración, y se terminan con la vuelta al estado normal ó con la muerte. La vida vegetativa no podría persistir largo tiempo en medio de tan violenta turbación de la vida intelectual.

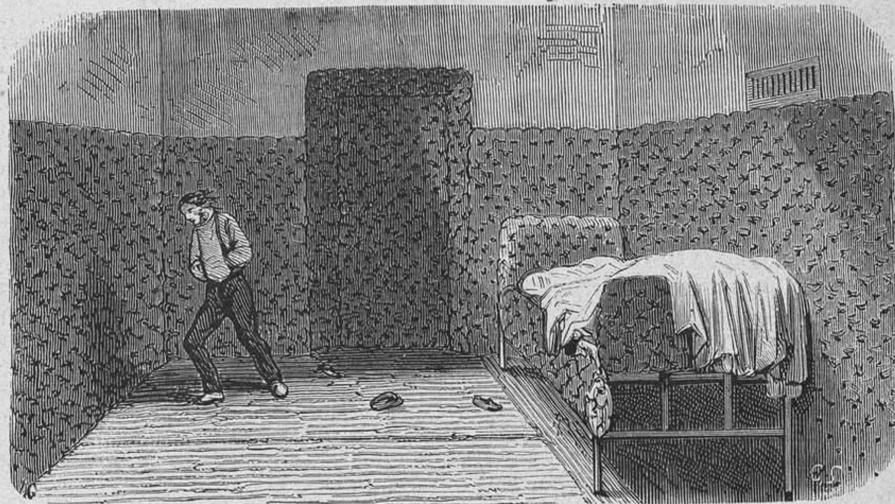
Los agitados ordinarios, peligrosos, ó simplemente insoportables para sus compañeros de infortunio, se encuentran encerrados en otros edificios donde pueden entregarse con toda libertad á todas las incoherencias de ademanes y lenguaje. Cuando se necesita sujetan sus brazos en la camisola de fuerza; pero por el bien de su salud, les permiten, en cuanto es posible, que circulen libremente bajo los paseos cubiertos. El sistema celular se aplica á los desdichados que padecen verdaderos accesos de locura furiosa y que podrían comprometer su vida y la de los demás enfermos. Las celdillas de Santa Ana han sido instaladas cuidadosamente y en ellas se observa el mismo aseo que en las demás partes del establecimiento. Puede el lector formarse idea de la disposición de estas celdillas suponiendo un círculo repartido en tres grandes divisiones por otros círculos concéntricos y por tabiques que parten en radio del centro común: cada celdilla representa un cono truncado dividido en dos partes, de las cuales la mas excéntrica está al aire libre y es el paseo, en tanto que la otra for-



Corredor de las celdillas.



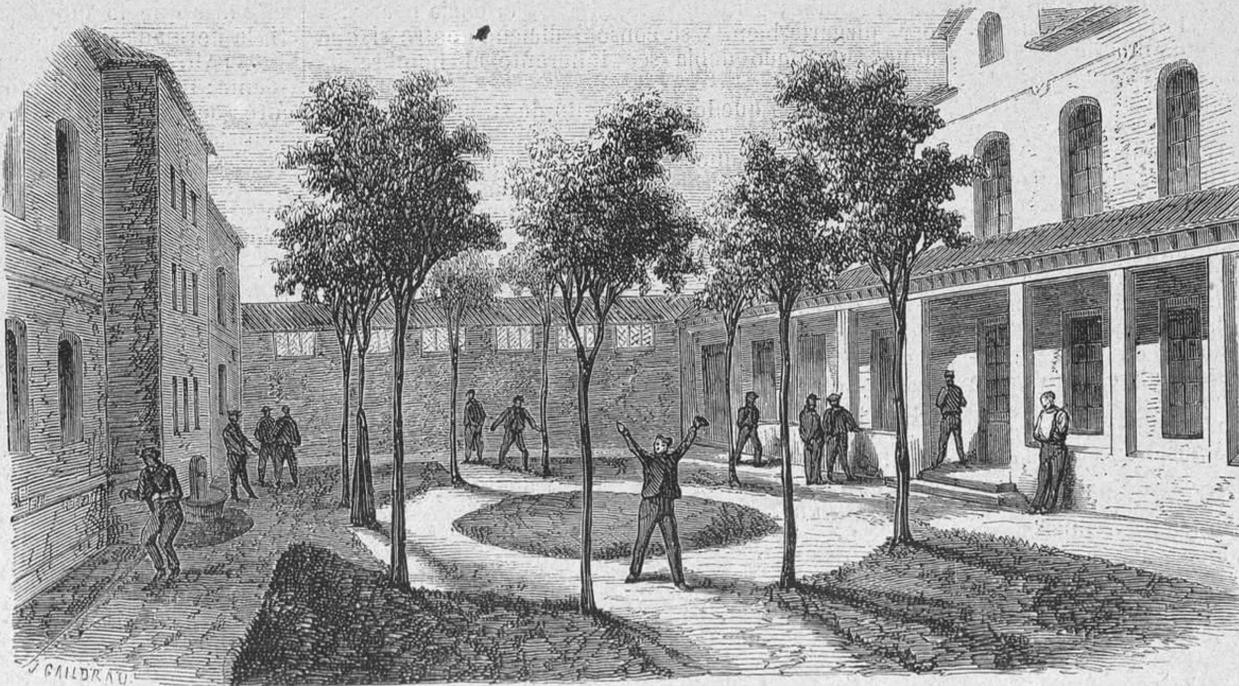
Celdilla ordinaria.



Celdilla almohadillada.

M. Haussmann desea cerrar Bicetre y la Salpêtrière, pero es probable que su idea no se realizará en largo tiempo.

Los locos del asilo Santa Ana se hallan repartidos en el establecimiento según el estado de calma ó agitación de su espíritu. Los enfermos pacíficos reunidos en el dormitorio y en el refectorio por grupos de treinta, tienen salas de reunión donde pueden entregarse á diversos juegos. La gente se forma una idea muy falsa del aspecto que presentan los locos; la novela y el teatro no han puesto de relieve mas que un lado de la locura, aquel que, por la exageración de sus colores, contrasta mas



Uno de los paseos.

ma la celdilla propiamente dicha. La vista general del establecimiento ofrece una idea muy completa de la disposición del edificio circular.

En la parte mas central está el corredor de vigilancia, al que caen todas las puertas de las celdillas. Cada puerta tiene un ventanillo por el que se puede observar lo que pasa en el interior de la celdilla, la cual puede alumbrarse, si se quiere, durante la noche, por un reflector que hay en el pasillo.

Las celdillas que tienen por suelo un entarimado muy limpio siempre, contienen por todo mueblaje una cama y en uno de los rincones hay un asiento

particular cuyo servicio se hace por fuera. Hay celdillas almohadilladas, como un wagon de primera clase, para los locos que tienen la manía del suicidio, manía muy frecuente por desgracia, y que es bien difícil de combatir. Cuando un loco tiene horror á la vida, se necesita una vigilancia de todos los instantes para impedir que se suicide de un modo cualquiera.

Todos los paseos celulares comunican entre sí por puertas especiales, á fin de que el servicio pueda hacerse sin atravesar las celdillas, y están guarnecidos de verdura y plantados de árboles cuyo desarrollo no es muy seguro. Estos paseos desembocan en un foso en cuyo fondo se eleva una pared, disposición que permite cerrarlos perfectamente sin tapar la vista, de cuya manera el desdichado que vive sometido al régimen del aislamiento no pierde al menos la libertad de los ojos.

Antes de terminar este artículo diremos que Santa Ana contiene una sala de concierto donde se reúnen varias veces por semana los locos pacíficos. La música no se considera aquí como una simple distracción, pues está averiguado que puede hacer buenos servicios en el tratamiento de la enajenación mental. Entre otros casos notables un médico distinguido de Ruan, M. Morel cita el de una jóven que se creía poseída del demonio y el sonido del órgano despertó en ella los sentimientos religiosos con los que pudo combatir victoriosamente á su terrible adversario. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia terapéutica de la música, de la que tanto partido ha querido sacar falsamente el teatro. La música no salvó á Bellini, aunque suavizó los padecimientos morales de sus últimos días: el gran compositor murió en la casa de locos fundada por Esquirol en Yory.

A. DE L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Ehrenthal se resignó humildemente á representar el papel subalterno á que se le condenaba, y en venganza él solo se comió un faisán.

Habiéndose convencido Fink de que no era empresa fácil obligar á las señoras á sostener una conversación animada, empezó á entregarse á sus acostumbrados arranques y á toda suerte de agudezas.

Madama Ehrenthal se quejó de que su hijo fuera tan indolente.

— Es un aristócrata, contestó Fink: de diez personas las nueve le desagradan. Este es un mal que afecta á todos los sabios. Si por alguna cosa doy gracias á Dios, es por haber hecho de mí un hombre sencillo y modesto, cuya cabeza no es capaz de abarcar tanta ciencia. Nosotros los hombres adocenados, vivimos mejor en el mundo, porque nos vemos obligados á conformarnos con los caprichos de los demás. Pero el que en su elevación tiene derecho á abrigar grandes pretensiones por su ciencia ó por su belleza... (al llegar aquí se inclinó con un candor persuasivo al lado de la señorita de la casa) este no encuentra el mundo tal como quisiera, mientras yo, y los que se me parecen, tenemos la convicción de que está perfectamente organizado.

— Y sin embargo en este mundo hay muchos seres que no se distinguen en ningún concepto, dijo madama Ehrenthal.

— Dispensadme que no sea de vuestra opinión, exclamó Fink riendo. Os concedo que ciertos insectos tienen un carácter muy ordinario, y que es común achisparse con aguardiente. Por lo demás todo depende de la idea que uno se forma de las cosas. Mirad esta ostra; apuesto que hay muchos peces y habitantes de este globo que califican de común á esta amable criatura. Yo, al contrario, la considero como una de las más preciosas invenciones de la naturaleza. ¿Qué exigimos de un ser superior? La ostra reúne todas las grandes cualidades; está tranquila, serena y no se mueve de su sitio, y se separa más que otra criatura de la exterioridad del mundo. Cuando cierra su concha, dice de la manera más precisa: *no estoy en casa, no recibo á nadie*; cuando abre su nacarado aposento, atestigua á sus iguales privilegiados una rara delicadeza y amabilidad. Si algún hombre puede tener envidia con razón á algún ser creado es á la ostra. Tal vez me diréis que el agua del mar no es un elemento agradable; pues bien, tendré todavía el atrevimiento de no ser de vuestra opinión. El que sabe renunciar á esta mala costumbre de respirar sin cesar y absorber siempre aire, como desgraciadamente nos vemos obligados á hacerlo, ese, lo confieso, debe encontrarse muy á gusto en el fondo del mar.

Y volviéndose entonces á Rosalía:

— Temo únicamente que su instrucción musical no sea grande. Aparte del rugido de las tempestades y el ruido de los buques de vapor, no deben penetrar en su morada muchos sonos melódicos.

— ¿Tocáis algún instrumento? preguntó Rosalía.

— No me atrevo á contestar afirmativamente, contestó Fink con gracia. Hago ruido con el piano y cuan-

do me dedico al complicado estudio del tecleo, huyo de la compañía de mis semejantes. Soy á la música lo que un amante desgraciado es á su ídolo. Un instrumento hay por el que siento una adoración apasionada y daría cualquier cosa por saberlo tocar con perfección.

— ¿Es acaso el violín?

— Perdonad, señorita, es el bombo. Decidme, por favor, ¿qué es lo que hacen los que tocan todos los demás instrumentos? Correr arriba y abajo desordenadamente sin pararse; hacer esfuerzos de locomotora á grande y pequeña velocidad, trinos, escalas y trémolos sin fin, y Dios sabe cuántas diabluras más, y únicamente á largos intervalos viene al fin una pausa, una de esas grandes notas prolongadas y sostenidas que resisten al choque impetuoso de sus hermanas jadeantes. Figuraos, al contrario, el sonido del bombo. ¡Qué fuerza, qué majestad y qué efecto! Es verdaderamente dichoso el que está encargado de semejante instrumento. De los demás profesores se dice que son irritables y nerviosos. El profesor de bombo es un héroe, un personaje respetable, y es el que aprende á formarse del mundo una idea exacta que adquiere desde el punto de vista más elevado. Hace pausas de treinta á cuarenta compases; durante este tiempo resuena el eco de los demás instrumentos, se cruzan en todos sentidos y alborotan como los ratones cuando no hay gato en la casa. El solo, cubierto con su magistral altura, desocupado en apariencia, se permite algunas veces tomar un polvo, ó bien buscar con la mirada las más bellas damas del auditorio. Pero aparte está contando, 27, *atención, guardaos, miserables saltarines*, 28, *vais á tener pruebas de mi existencia*, 29, *ese violín empieza á fastidiarme*, 30, ¡*bum!*... pega con su maza, y en seguida todos los demás instrumentos se estremecen á la voz de su dueño, todos los oyentes respiran con libertad, y produce un grande efecto.

Rosalía se echó á reír.

— El primer día mando que me construyan un par de timbales, y voy á tener el honor de componer un duo de piano y timbales, y os lo dedico, señorita. Con preferencia escribiré un nocturno conmovedor... Por Apolo, ¡qué vino tan excelente! ¿De qué país es? No había tenido todavía el honor de gustarlo.

— Es vino rancio de Hungría, dijo el viejo Ehrenthal desde el otro extremo de la mesa. Hacia ya cincuenta años que estaba en la bodega.

— ¿Conociais ya esta clase de vinos, señor Bernardo? preguntó Fink, sin hacer caso de lo dicho por Ehrenthal.

— Soy poco inteligente en bebidas, contestó Bernardo.

— Es lástima, un Mecenaz como vos, amigo de los poetas, debía cuidar más de su bodega. Pero ya que nos hemos ocupado un poco de la música, decidnos cómo se arreglaban vuestros amigos Yusuf y Sadi para cantar sus canciones á las hermosas persas de ojos negros. Recitadnos, os lo suplico, un poema en lengua persa.

Bernardo expuso formalmente que había cosas muy chocantes para nuestros oídos europeos en la música oriental, y pasó los mayores apuros del mundo para no acceder á las instancias de Fink, que quería de todos modos oírle recitar una canción persa con el ritmo y la melodía del país.

De este modo la duración de la cena se prolongó hasta después de media noche. Rosalía se vio obligada á sentarse al piano. Fink pasó también sus dedos por el teclado y cantó unas playeras en español.

Finalmente, cuando se retiraron los convidados, la familia quedó alborozada. Rosalía volvió al piano para probar si repetía la tonada española. La madre no escaseó los elogios sobre las maneras distinguidas de sus nuevos conocidos. El padre, que sentado en su silla había estado como borrado del número de los vivientes, quedó encantado de la visita del rico heredero, y repitió, en su jovialidad producida por un sorbito de vino, que se creía rico de más de un millón. Hasta el alma pura de Bernardo, que era sometida al poderoso encanto del hombre de mundo tan fino y delicado. Los discursos de Fink le habían causado un ligero disgusto, porque le parecía que el forastero se burlaba de él y de su familia; pero le faltaba la experiencia necesaria para juzgarle bien, y se consoló diciendo entre sí que aquel desenfado debía ser inherente al hombre de mundo.

Solo Antonio quedó descontento de su amigo, y se lo dijo al regresar á casa.

— Y tú te has quedado como un zoque, contestó Fink. Yo á lo menos he divertido á todos, ¿qué quieres más? Si pudieras transformarte en ratón y meterte en algún agujero del salón de Ehrenthal, les oírías á todos cantar mis alabanzas. Nadie puede desear que se le trate de otro modo que el que en sí se merece.

— Yo creo, dijo Antonio, que es necesario tratar á todo el mundo con la dignidad que conviene á la educación que se ha recibido. Tú te has conducido con la ligereza de un hidalgo que está en vísperas de pedirle algún préstamo al papá Ehrenthal.

— Esa ligereza es natural en mí, repuso Fink alegremente. Y ¿quién sabe si le pediré algún préstamo á la casa de Ehrenthal? Deja ahora esas homilias, que es ya más de la una.

Algunos días después de lo ocurrido, al cerrar el escritorio, Antonio recordó que había ofrecido al jóven erudito que le remitiría un libro. Como hacia ya una

hora que Fink había salido, y que como sucedía con frecuencia, se había puesto el paletó de Antonio, este se abrigó con el albornoz que Fink había dejado en su cuarto, y se fué á casa de Ehrenthal. Al acercarse á la puerta blanca, no fué poca sorpresa cuando vio que se abría silenciosamente, y que una mujer encubierta se deslizaba con precaución hacia fuera. Una mano delicada se asió á su brazo, y una voz femenil le dijo casi al oído:

— Venid pronto, hace ya largo rato que os aguardo.

Antonio reconoció la voz de Rosalía.

Inmóvil como una estatua, contestó al fin con un acento de sorpresa muy perdonable en semejantes circunstancias:

— Señorita, sin duda os equivocáis.

Lanzando un grito ahogado, la dama desapareció. Antonio sobrecogido entró en la habitación de Bernardo. En su turbación, olvidó quitarse el albornoz, y Bernardo, como ya sabemos que era miope, se acercó á él y le habló como si fuera Fink. Una terrible sospecha se apoderó del ánimo de Antonio; pretextó una ocupación urgente, y con el corazón lleno de indignación y de dolor, se apresuró á volver á su casa para despojarse del malhadado albornoz, causa inocente de todas aquellas equivocaciones.

— ¿Si será Fink á quien la bella Rosalía había dado una cita amorosa?

Cuanto más se dilataba la ausencia de su amigo, más aumentaba el mal humor de Antonio. Al fin, habiendo reconocido los pasos de Fink que resonaban en las baldosas del patio, bajó á su cuarto con el albornoz. Le puso al corriente de lo ocurrido, y terminó con estas palabras:

— Yo llevaba tu albornoz, estaba oscuro, y he concebido la ruin sospecha de que me ha equivocado contigo, y que tú te has burlado cruelmente de la confianza de Bernardo.

— Vamos pues, dijo Fink moviendo la cabeza, el hombre virtuoso siempre se inclina á arrojar la piedra al tejado del vecino. Eres un niño. Pues qué, ¿acaso en toda la ciudad no hay otro albornoz blanco más que el mío? ¿Cómo me probarás que era precisamente el mío el que se esperaba? Luego permíteme que te diga todavía que en esta circunstancia te has conducido de un modo muy poco atento, y has sido bastante torpe. ¿Por qué no le has ofrecido el brazo á la señorita para bajar la escalera? Y si la equivocación no podía ocultarse más, ¿por qué no le decías: «Sin ser el hombre por quien me habeis tomado, no por eso estoy menos dispuesto á morir en defensa vuestra,» y otras cosas parecidas?

— ¿No me engañas? contestó Antonio. Yo no me atrevo á dar crédito á tus palabras. Pensando en ello seriamente, no puedo menos, á pesar de tu negativa, de sospechar que era á ti á quien esperaba.

— Querido, ¡qué fino eres! dijo Fink afectando un aire candoroso; tú también me permitirás que en el caso presente, en que se trata del honor de una señora, persista en negar. Ahora, inocentón, si te hiciera alguna revelación, comprometería seguramente á la hija de una familia respetable.

— Temo mucho que á pesar de todo, exclamó Antonio, esté demasiado comprometida.

— ¡Bah! dijo Fink sin inmutarse, allá se las haya.

— Pero Fink, dijo Antonio retorciéndose las manos, ¿no te causa sentimiento la mala pasada que le haces á ese pobre Bernardo? Tú arrastras á la hermana de un jóven bien educado, de noble y sensible corazón, á cometer una imprudencia que puede tener para ella fatales consecuencias. El bueno y excelente Bernardo está rodeado de gentes cuya presencia soporta porque es demasiado confiado y tiene muy poca experiencia; por eso mismo siento más amargamente las ofensas que le infieres.

— También espero que obrarás con prudencia; contempla la delicadeza de tu amigo, y muéstrate discreto en presencia de su hermana.

— No, contestó Antonio irritado, mis deberes con Bernardo me obligan á proceder de otra manera. Exijo de tí que rompas en el momento tus relaciones con Rosalía, de cualquiera clase que sean, y que no veas en ella más que lo que debiera haber sido siempre para tí, la hermana de mi amigo.

— ¡Ah, no exiges más que eso! dijo Fink irónicamente; me parece muy natural; pero si yo no accedo á tus deseos, ¿cuál será tu proceder para conmigo? Supon siempre que lo que he negado es verdad, y que era yo el afortunado mortal á quien se aguardaba.

— Si no accedes á mi súplica, no te lo perdonaré jamás. Esto no solo es falta de delicadeza sino otra cosa peor.

— ¿Qué es? si tienes la bondad de decírmelo, preguntó Fink friamente.

— Pues bien, tu conducta es ya reprehensible por haberte aprovechado de la coquetería de esa jóven, pero serás doblemente culpable si llegas á olvidar cómo la has conocido, si no tienes consideración á su hermano, y sobre todo á mí, que soy la causa inocente de este lazo fatal.

— Sabe pues, amigo mío, contestó Fink encendiendo la lámpara de su máquina para hacer el té, que no te concedo ningún derecho para hacerme semejantes sermones. No tengo ningún deseo de disputar contigo; pero si quiero que no se vuelva á hablar una sola palabra sobre este particular.

— Entonces es indispensable que nos separemos, dijo Antonio, porque no puedo hablarte de otra cosa mientras abrigue la convicción de que obras mal.

Y se dirigió hacia la puerta.

— Dejo á tu eleccion romper con Rosalia, ó bien, aunque me cueste pronunciar la terrible sentencia, ó conmigo. Si de aquí á mañana por la tarde no me das la seguridad de que tu intriga amorosa con Rosalia ha terminado, me veré precisado á ir al encuentro de su madre.

— Buenas noches, Tony, eres un gran zamacuco. Antonio se separó apesadumbrado de su amigo. Esta era la primera disputa que habia habido entre los dos. Muy afligido por la conducta ligera é inconsecuente de su amigo, Antonio se paseó con agitacion por su cuarto casi hasta apuntar el alba.

Conocedor del carácter confiado de Bernardo, le repugnaba abrir los ojos del sabio, entregado siempre á su estudio, y herirle en lo profundo de su corazón. Por otro lado no suponía que ejerciera gran influencia sobre su hermana. Fink, por su parte, se veía contrariado por esta aventura. Esta vez tomó solo el ponche, y tal vez pensaba mas en el rencor de Antonio, que en el dolor de la bella Rosalia.

El dia siguiente fué muy penoso para los dos. Siempre que Fink entraba en el escritorio, saludaba con un signo afectuoso á Antonio, que desde hacia algun tiempo se sentaba enfrente de él. Antonio iba en seguida á colocarse al lado de la silla de Fink, y le preguntaba por lo bajo en qué habia ocupado la noche anterior. En este dia Antonio permaneció mudo é inmóvil en su silla inclinado sobre el papel, cuando Fink fué á sentarse enfrente de él. Al levantar los ojos, no podían prescindir de mirarse uno á otro, y sin embargo tenían que hacer caso omiso cada cual de su compañero, y obrar como si hubiera un espacio vacío enfrente de sí.

A Fink le hubiera sido fácil tratar así al viejo Ehrenthal, pero tratándose de su amigo, aquella situación era deplorable. Antonio, que no tenía tampoco la costumbre de fijar la vista por encima de un cuerpo extraño, se sentía excesivamente desgraciado cuando levantaba la cabeza á la derecha ó á la izquierda, teniendo siempre que bordear por encima de su amigo, siguiendo la práctica establecida entre los que se enfurruñan.

A media mañana bajaban el almuerzo al escritorio. Esto producía una suspension de trabajo, y los dependientes se levantaban y agrupaban entre sí. En este dia Antonio permaneció en su sitio como el único medio para evitar todo contacto con Fink. Todo conspiraba para hacer mas difícil la situación de los dos amigos. Schmeie Tinkels se presentó en el despacho, y ocurrió una nueva escena entre él y Fink. Todos miraban á Fink y le hablaban; en cualquiera otra circunstancia, Antonio hubiera hecho á su amigo señales de inteligencia. Ahora miraba fijamente hácia adelante, como si Tinkels estuviera á cien millas de él. M. Schroeter hizo un encargo á Antonio, que le obligaba á pedir alguna noticia á Fink. Para que su voz no fuera tan oscura, Antonio se vió obligado á toser y escupir antes de hablar, incomodándose por la respuesta breve de Fink, y encolerizado contra el obstinado pecador, se enardecía nuevamente.

A la hora de comer, los dos amigos se presentaban juntos, y aguardaba regularmente Fink que Antonio fuera á buscarle. Hoy Antonio no se presentó, y habiendo ido Fink á la antesala con Jordan, este le preguntó sorprendido:

— ¿Dónde está Wohlfart?

Viéndose precisado Fink á contestarle:

— Donde bien le parece.

Después de comer, Antonio no pudo menos de levantar algunas veces furtivamente la vista de su trabajo y mirar la cabeza y la altiva fisonomía de su antiguo amigo, pensando á pesar suyo cuán doloroso sería para él llegar á ser extraño para el hombre á quien antes estaba ligado por tantos motivos; pero se mantuvo firme. Y ahora que estaba algo aplacada su cólera, comprendía que no habia podido obrar de otro modo. Esta convicción le laceraba el alma; y en esta disposición de ánimo, no evitó ya fijar su mirada en el sitio ocupado por el que se apellidaba su amigo en otro tiempo. Habiendo levantado Fink la cabeza, vió que Antonio tenía tristemente fijos los ojos en él. Esta expresión de dolor le atormentó mas que hubiera podido hacerlo el enojo de Antonio. Reconoció en este tal firmeza de carácter, que la balanza se inclinó en su favor. Por otra parte, si Antonio, como hombre honrado, corría al encuentro de la madre de Rosalia, veía destruidos sus proyectos. Sin duda se inquietaba poco del enojo de la querida mamá, Rosalia se arreglaría con ella como pudiera; pero el recuerdo de Bernardo, que era la franqueza y la confianza personificadas, le atormentaba. Y lo que habia mas enojoso en todo esto, era que su relaciones con Antonio estaban rotas para siempre, en cuanto este hubiera hablado á una tercera persona de aquella desgraciada aventura. A esta importuna reflexion frunció el ceño.

Algunos minutos antes de las siete, en el papel que escribía Antonio se proyectó una sombra. Levantó los ojos, y vió á Fink que le presentaba, sin decir una palabra, un billeteo dirigido á Rosalia. Antonio se levantó precipitadamente.

— Yo lo he escrito, dijo Fink con aspecto glacial; una vez que tu amistad me ha puesto en el caso de elegir entre la pérdida de esa hermosa jóven ó renunciar á los estudios psicológicos llenos de atractivos para mí, me ha sido preciso optar por lo último. Hé aquí la carta. No hay inconveniente ninguno en que la leas. Es un despido en buena y debida forma.

Antonio recibió la carta de manos de su culpable amigo, la cerró apresuradamente poniendo el sello del escritorio, y la entregó en seguida á un criado para que la echara al correo.

De este modo se desvanecía el peligro; pero después de todo lo acaecido, siempre fueron algo frias las relaciones entre los dos amigos. Fink guardaba rencor á Antonio, que por su parte no podia olvidar lo que él llamaba traicion proyectada contra su amigo Bernardo. Fink estuvo algunas semanas sin tomar el té con Antonio.

VII.

Habia en la casa de T. O. Schroeter un dia que se consagraba invariablemente al placer: este era el memorable aniversario de aquel en que el padre de M. Schroeter dió á este participacion en los negocios, y le puso al frente de la casa. Si por alguna maliciosa equivocacion del calendario, este dia se contaba entre los laborables (y se podían apostar seis contra uno que se divertiría en jugar esta mala pasada á la casa de Schroeter), la fiesta se trasladaba al domingo siguiente. No era esta una fiesta ruidosa de las que fatigan el espíritu en lugar de darle solaz; era por el contrario una distraccion tranquila y regular, que conservaba siempre un poco el sello de la vida ordinaria. La funcion empezaba por una comida en casa del principal. En seguida todos los concurrentes á la misma se trasladaban á un pueblecillo inmediato, donde M. Schroeter tenia una casa de campo, y al cual gran número de jardines públicos y conciertos de verano atraían á los vecinos de la capital. Se tomaba café, se gozaba de los encantos de la naturaleza, y por la noche volvían á la ciudad á una hora conveniente.

Este año, el negociante celebraba el vigésimo quinto aniversario de su entrada en los negocios. Desde por la mañana, comisiones de cargadores y mozos de la casa se habian presentado á cumplimentarle; en semejante dia los dependientes se encontraban reunidos á comer, vestidos completamente de gala; M. Liebold llevaba un vestido nuevo, que segun la costumbre que tenia establecida desde muchos años, estrenaba siempre en semejante festividad, como lo hacia también generalmente de todas las prendas de su uso.

Después de la comida se vieron parar delante de la casa varios carruajes que debían trasportar á toda la sociedad al campo. M. Schroeter subió con Sabina al primer coche, y como su tia estaba ausente cuidando á una parienta enferma, el principal revisó á los que se encontraban al rededor del coche, como si quisieran á lo menos con la intencion ayudar á Sabina á subir al carruaje. Estando ya Fink á caballo, el patron invitó á M. Liebold y á M. Jordan á sentarse al vidrio de su co-

che. Los dos se inclinaron; y M. Liebold se sentó con cierto aire de solemnidad enfrente de Sabina. Pero ¡ay! en su alegría habia un fondo de secreta angustia. Todos sus colegas sabian, y él mejor que ninguno, que le era de todo punto imposible andar hácia atrás. Jamás habia deseado ocupar el puesto de honor. En toda su vida se habia quejado cuando la fortuna le deparaba un asiento en la testera; pero en cuanto iba en una sencilla berlina sin ocupar uno de los asientos del fondo, se trastornaba todo su ser. En este dia veía todavía cebarse en él la desgracia, y esto precisamente en el momento en que estaba sentado enfrente de la dueña adorada de la casa. ¡Con qué placer hubiera cedido su puesto! pero esto era imposible, el honor era demasiado grande, y rehusándolo hubiera dado lugar á siniestras interpretaciones. Se encontraba pues enfrente de Sabina, como un mártir condenado á sufrir el mas cruel destino. En vano procuraba manifestar contento y mirar de lado las casas, los árboles, las personas y los perros que al parecer bailaban delante de él. Desgraciadamente conocia aquel baile, aquella confusion, pues siempre eran estos los síntomas del mal. Entonces se veía obligado á mirar de frente, y como hubiera sido una grosería mirar demasiado fijamente á Sabina, lo verificaba por encima de su cabeza. Todavía vagaba por sus labios la sonrisa, pero su mirada era fija, y sus mejillas pálidas y descoloridas tomaban un tinte livido. Jordan miraba á Liebold al sosiajo, y á pesar suyo se reía. Habiéndole apercibido Sabina, preguntó con inquietud:

— ¿Qué teneis, Liebold?

Como Liebold no podia desviar los ojos del cielo, los habia fijado en una nubecilla inmóvil, y aseguró murmurando con voz casi exámine, que no tenia nada. Pero habiendo tomado su fisonomía una expresión de abatimiento, Sabina interpelló llena de ansiedad á M. Jordan.

— No puede andar hácia atrás, contestó este.

— En ese caso, cambiemos de asiento, exclamó Sabina.

M. Liebold, estupefacto, movió la cabeza é hizo silenciosamente todos los gestos imaginables para expresar el horror que le causaba semejante proposicion.

— Os lo ruego, señor Jordan, dijo Sabina; haced parar el coche.

El coche se detuvo y Sabina se levantó.

— Vamos, despachaos, señor Liebold.

Este intento protestar nuevamente, pero Jordan le levantó á la fuerza, y antes que tuviera conciencia de lo que sucedia se encontró sentado en el fondo del coche y Sabina enfrente de él en la testera. Los músculos de su rostro se dilataron y un débil tinte rojizo iluminó de pronto su fisonomía.

Pero ¿cuál era su situación? ¿Qué debían pensar los transeuntes de la posición que ocupaba en la casa? Los extraños podrian tomarle por el tío de Sabina, pero todos los que la conocian... y ¿quién era el que no conocia á la linda Sabina Schroeter? debían figurarse las cosas mas fabulosas... ¿que era el novio de Sabina!?

Debía ser algo mas que eso, porque como su prometido, no hubiera podido estar sentado en el fondo del coche, y él estaba allí como si fuese el esposo de Sabina. Este pensamiento hizo que un sudor frio inundara su frente; miró humildemente á la jóven y le pidió perdón con voz baja del escándalo de que él era involuntariamente la causa.

Sabina por toda respuesta le tendió la mano y sacudió la de Liebold con fuerza. No pudiendo disimular su contento, se inclinaba ya un poco, con la intencion pasablemente atrevida de besar el guante de Sabina, pero al mismo tiempo pasaron por el lado del tenedor de libros de la casa Strumpf y Knierohl.

Liebold levantó la cabeza sobresaltado, pero el mal estaba hecho. El y ella eran victimas de un deplorable error. Al presente era inútil querer luchar contra el destino. Como trasfigurado se abandonó á una dulce beatitud, hasta el momento en que los carruajes se detuvieron delante del primer hotel donde habia el mejor restaurant del pueblo.

Bajaron de los coches, los caballeros re reunieron en torno de la señorita Schroeter y se oyeron los acordes sonos de una brillante orquesta. Entraron en las calles de tilos del jardin decorado y lleno de personas que habian acudido de la ciudad lujosamente ataviadas. Sabina se adelantó con un enjambre de caballeros que la acompañaban.

Tal vez esta córte ambulante hubiera sido mas del gusto de alguna otra hija de Eva que del de Sabina. Esta iba del brazo de su hermano, y tenia á su lado y detrás caballeros, celosos todos de prevenir sus deseos y de permanecer cerca de ella como centro de la sociedad, y se ocupaban tanto mas de ello en este momento, cuanto que la casa de Schroeter figuraba allí en un dia de fiesta en que todo lo *fashionable* que habia mas elegante en la ciudad se habia reunido en aquel sitio, y que cada cual deseaba como miembro de la casa pagarse algo de su persona.

Liebold mostraba en toda la fisonomía la huella de una constante sonrisa, que procuraba en vano reprimir para que ninguno de los circunstantes creyera que se burlaba de él; pero el júbilo le embriagaba, y en la conversacion mas indiferente, venia como un relámpago á reflejarse en su semblante, la nariz y la boca se le ensanchaban y achicaba sus chispeantes ojos. Como caballero privilegiado de Sabina llevaba su chal, iba detrás de ella á una distancia conveniente y mantenía así la segunda línea que la razon social ocupaba en semejante dia en el gran libro verde de la naturaleza.

Gracias á un atrevido movimiento de mano, M. Spech

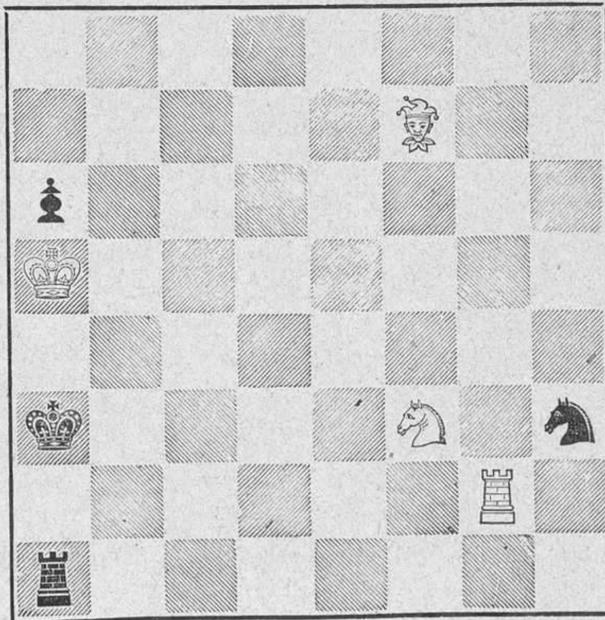
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 257.

- 1 Uno de los PP juega R 5ª (Rª ó A)
- 2 Rª 2ª (CR ó ARª) Cualquiera.
- 3 C 5ª (Rª ó A) jaque-mate

PROBLEMA NÚMERO 258, POR M. GROSDEMANGE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.



Mlle Krauss.



M. Steller.

TEATRO IMPERIAL ITALIANO. — (Véase la Revista de Paris.)

habia entrado en posesion de la sombrilla con que cubria á Sabina. Pero segun costumbre iba delante como una enseña á lo largo del lindero del bosque. Examinaba con ojo avizor el bosquecillo con la esperanza de que una flor notable ó una linda mariposa le proporcionarian ocasion de trabar conversacion con Sabina. Sin embargo, no era empresa fácil, por que Fink iba á su lado. Este tenia malas inclinaciones y daba rienda suelta á su malignidad.

Sabina reia, como á pesar suyo, de las maliciosas observaciones que hacia sobre los rostros de algunos de los peñantes. La procesion en grupo de toda la razon social le parecia tambien muy ridicula, pero á pesar de todo él mismo no se veia exento del justo orgullo que sentian todos los miembros de la casa de comercio.

(Se continuará.)

Hundimiento

EN NÁPOLES.

Nápoles 29 de enero de 1868.

Un terrible accidente acaba de consternar á la ciudad de Nápoles. El 29 de enero á las siete de la noche se desprendió súbitamente un enorme peñasco del monte Eghia, á la esquina de las calles Santa Lucía y Chiatamone enfrente de



NÁPOLES. — Hundimiento del muro de apoyo del cuartel de Pizzofalcone.

la puerta del castillo del Huevo y en el sitio que llaman Panatica. Este hundimiento que nada podia hacer prever, ha causado horribles destrozos. Las casas y las tiendas que habia á la falda del monte fueron aplastadas y cuantas personas habia dentro quedaron sepultadas en los escombros. El adjunto dibujo representa esta escena de desolacion y de ruina.

Cuando se acudió al socorro de las víctimas sorprendidas por la inesperada caída del peñasco y de las casas, se echó de ver que las obras de salvamento provocarian infaliblemente otros desprendimientos de la montaña. Los arquitectos é ingenieros visitaron el cuartel de Pizzofalcone y descubrieron grietas que hacian presagiar grandes desgracias. Así fué que al punto se evacuaron el cuartel Pizzofalcone y la iglesia Santa Lucía.

El trabajo de salvamento se emprendió vigorosamente en Chiatamone, donde es menor el peligro. El duque de Aosto, de regreso de su excursion al Vesubio, animaba con su presencia á los trabajadores, y el consejo municipal acaba de votar un subsidio de 4,000 libras para las familias á quienes ha tocado el desastre. Sin embargo, no se cree esta suma suficiente, pues aunque no se puede fijar aun el número de las víctimas, se sabe que es crecido.

A. B.